

Boletín **78** Editorial

MARZO-ABRIL DE 1999



Pedro Garfias: *Primavera en Eaton Hastings*

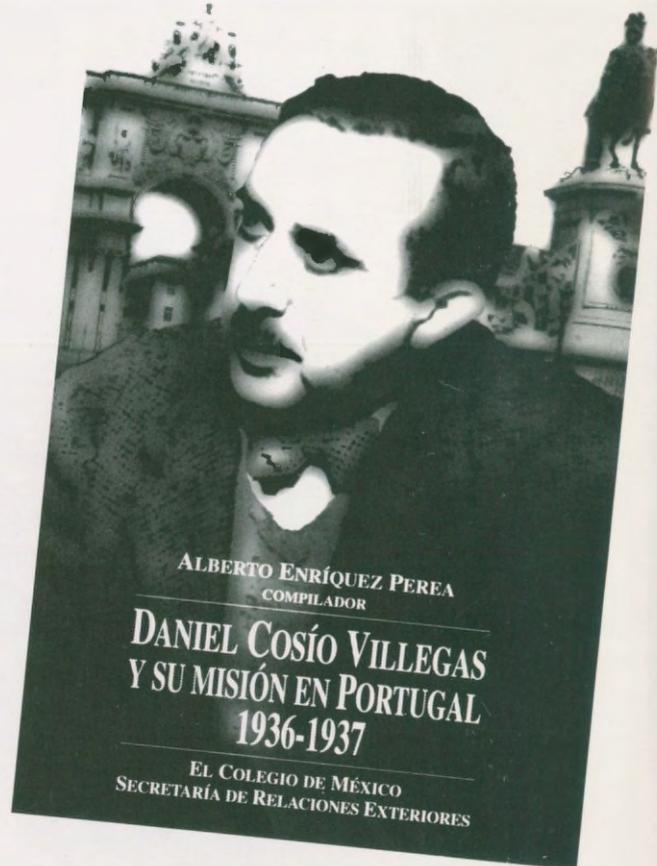
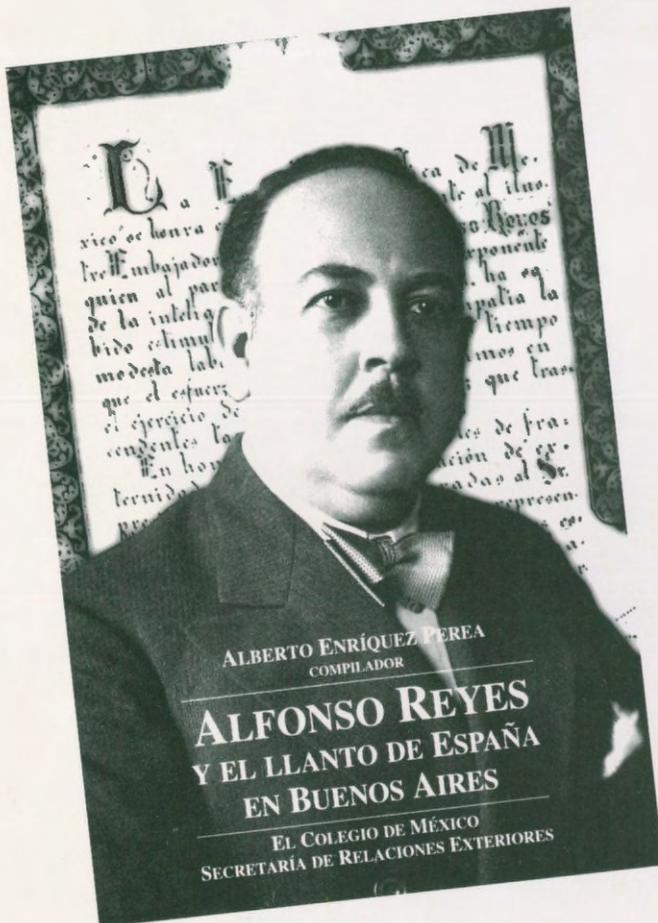
Tomás Segovia: *De la misma lengua a la lengua misma*

Andrés Lira, Alberto Enríquez Perea y Javier Garciadiego
En los noventa años de Silvio Zavala

EL COLEGIO DE MÉXICO

novedades
editoriales

Sesenta años de la fundación de La Casa de España
Centenario del nacimiento de Daniel Cosío Villegas



ÍNDICE

En los noventa años de Silvio Zavala

■ *Andrés Lira* ■ 2

El Archivo Histórico de El Colegio de México

■ *Alberto Enríquez Perea* ■ 3

Una aproximación a *Fronteras conquistadas*

■ *Javier Garciadiego* ■ 4

De la misma lengua a la lengua misma

■ *Tomás Segovia* ■ 10

Primavera en Eaton Hastings

■ *Pedro Garfias* ■ 22

Autorretrato con libros

■ *Martí Soler* ■ 30

■ *Las Poesías completas* de José Moreno Villa ■

■ *Fátima Rodríguez* ■ 32

La dignidad de la República

■ *Francisco Segovia* ■ 34

RESEÑAS

■ La historia y la vida privada ■ *Roberto Bravo* ■ 36

■ Rudeza necesaria ■ *Fernando Zertuche Muñoz* ■ 39

Este número está ilustrado con viñetas tomadas de la edición facsimilar de *Horizonte. Revista de arte (1922-1923)*, dirigida por Pedro Garfias

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D.F., Teléfono 5449 3000, ext. 3082, Fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCES DORRONSORO ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 78, MARZO-ABRIL DE 1999

Diseño MARÍA LUISA MARTÍNEZ PASSARGE ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada CELEBRACIÓN DEL ADVENIMIENTO DE LA REPÚBLICA EN LA PUERTIA DEL SOL, MADRID, 14 DE ABRIL DE 1931.

Impresión Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 6878 y de contenido, núm. 7972, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 20 de enero de 1993; núm. de reserva 2441-93

En los noventa años de Silvio Zavala

1999, cuyo primer mes finalizó, será un año de conmemoraciones mayores en El Colegio de México. Contamos ya por décadas para señalar acontecimientos: en abril se cumplirán los 60 años del término de la guerra civil española, lo que llevaría a transformar la Casa de España-asilo de intelectuales españoles en El Colegio de México, como institución permanente de visión más amplia; en junio, los 30 años de la muerte de José Gaos, ilustre transterrado y ejemplar maestro, fundador de La Casa y de El Colegio; en diciembre, los 40 años del fallecimiento de Alfonso Reyes, fundador y primer presidente de ambas instituciones. Lutos que obligan a refrendar compromisos, porque la memoria histórica es visión de posibilidades humanas, de significados discernibles por el esfuerzo inteligente.

Testigo y protagonista de aquellos años, de afanes y de logros de los que somos beneficiarios y ahora actores responsables, el doctor Silvio Zavala llegó, el 7 de febrero, a cumplir 90 años de edad. El cumpleaños nos reúne en fiesta de todos, a quienes aprendimos de su obra escrita y de su práctica magisterial. Su cumpleaños es fiesta que, según advierto, se ha iniciado ya en su natal Mérida y se seguirá realizando en diversos lugares, en instituciones donde la labor de Silvio Zavala se ha manifestado; a la de historiador y profesor hay que sumar sus tareas de director y diplomático.

Aquí y ahora, frente a otros diez años de su vida (en décadas anteriores se ha hecho de manera semejante) hemos querido señalar el hecho con una publicación, la edición de un libro que contiene correspondencia de Alfonso Reyes y Silvio Zavala, y testimonios que nos llevan al origen de esta casa de estudios y de su Centro de Estu-

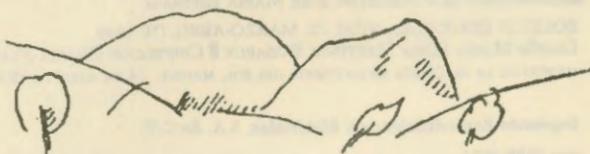
dios Históricos; la documentación ha sido recopilada y anotada por el maestro Alberto Enríquez Perea, encargado de la organización del Archivo Histórico de El Colegio y activo investigador. Además de la presentación del libro, que hará el doctor Javier Garcíadiego, director del Centro de Estudios Históricos, encargamos al maestro Enríquez que nos hable del Archivo de El Colegio y de otros acervos en los que ha trabajado para acopiar testimonios valiosos que dan cuenta del esfuerzo de generaciones de maestros.

La memoria no es autocomplacencia; cierto que hay en ella gusto —el propio del saber como recompensa del esfuerzo inteligente—, la memoria, como decía al principio, es asunción del compromiso con las generaciones pasadas y presentes.

Hemos visto sumarse a las tareas que Silvio Zavala realizó y organizó aquí en El Colegio de México, a otros maestros; discípulos notables como María del Carmen Velázquez y Luis González y González son maestros que en su momento le sucedieron en la dirección del Centro de Estudios Históricos y que asumieron tareas no siempre gratas de representación y organización, sin dejar de enseñar en el salón de clase y en el taller de la investigación, que rebasa aulas, edificios y países, desde el momento en que la investigación es reflexión continua y ha de ir con nosotros adonde vayamos. Me refiero a ellos como maestros de generaciones más o menos cercanas a la mía, pues nos hablaban con entusiasmo de una experiencia de la cual nos hicieron partícipes: la enseñanza directa de Silvio Zavala, “un doctor en derecho —nos recuerda Luis González— al que le decíamos maestro Zavala”. Sí, porque en México —como lo recordó en sus *Confesiones profesionales* el inolvidable José Gaos— los profesores universitarios somos maestros, mientras que los maestros de primaria son, por antonomasia, profesores.

Esperamos estar a la altura de ese verdadero magisterio. Ejemplo hay y entre ellos se destaca felizmente el de don Silvio Zavala, quien a los 90 años sigue acrecentando su obra y con ella crece la deuda y el compromiso contraído por nosotros.

Felicidades. ◀



El Archivo Histórico de El Colegio de México

Desde su fundación, La Casa de España, primero, y El Colegio de México, después, se propusieron como una de sus tareas, rescatar y ordenar los archivos históricos que se encontraban en los más variados y apartados rincones de México, olvidados y expuestos a su desaparición. También desde esa época, los maestros de esta institución prestaron toda su atención a la catalogación y difusión de los documentos encontrados. Más tarde, entregaron al lector mexicano e hispanoamericano el fruto de ese esfuerzo en ediciones pulcras y anotadas.

Así pues, entre sus faenas, los maestros de El Colegio de México ordenaron y catalogaron la biblioteca de la Universidad de Tiripitío, fundada en el siglo XVI por fray Alonso de la Veracruz, lo mismo que el archivo de don José María Morelos y Pavón que, al decir de Reyes, "corría el riesgo de desaparecer por obra de los ratones, los rateros y los aficionados que se creían con derecho a saquearlo para sus artículos de periódico". O bien, colaboraron transitoria o permanentemente en la Biblioteca Nacional, el Archivo General de la Nación, el Archivo y Biblioteca de la Secretaría de Hacienda, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, entre otras instituciones.

Entre los maestros de El Colegio de México se destaca, por el cuidado que ha tenido en la preservación y difusión de los archivos de nuestro país, de varias naciones de América Latina y de Europa, el maestro Silvio Zavala. Desde su ingreso a esta institución siempre ha mantenido esta preocupación. Por eso mismo, no fue casual que en 1940 haya sugerido que para las "cosas grandes y pequeñas a favor de nuestros archivos y bibliotecas, dentro y fuera de la capital", se creara una Sociedad de Amigos o un patronato. "Es mucho lo que falta, en todos

los órdenes, y por eso se necesita un órgano alerta, vivo, prestigiado y con amistades suficientes para poner en marcha esta parte vital de nuestro trabajo."

El interés de El Colegio de México por las fuentes documentales lo llevó a emprender dos colecciones relativas a las relaciones diplomáticas entre México y España y México y Francia. Ahora, a casi seis décadas de distancia de su fundación, inicia una serie denominada Testimonios, en donde ofrece a un amplio público de lectores, documentos de su propio Archivo Histórico, o auxiliado de otras fuentes archivísticas, pasajes o aspectos poco conocidos de la vida de sus ilustres presidentes y de la vida misma de la institución.

El Archivo Histórico de El Colegio de México cuenta con cuatro fondos documentales ordenados y clasificados. El Fondo Daniel Cosío Villegas reúne la documentación relativa a la fundación de La Casa de España, la vida académica de sus miembros, las actas del Patronato, algunos estados de cuenta y la correspondencia personal e institucional de don Daniel. El Fondo Alfonso Reyes está conformado por expedientes que nos informan de las relaciones que ha mantenido El Colegio de México con instituciones educativas, asociaciones y organizaciones culturales, así como solicitudes de becas y de apoyos para algún proyecto de investigación, desde 1949 a 1959, fecha de la muerte de su primer presidente. Igualmente, en este Fondo se conserva la correspondencia de Reyes que en buena medida se complementa con la depositada en la Capilla Alfonsina. El Fondo Antiguo es el que está integrado por los expedientes de los maestros de El Colegio. En cada uno de ellos encontramos los proyectos de investigación, la correspondencia que mantuvieron con el presidente o secretario general de El Colegio, la nota informativa del avance de algún seminario a su cargo y de la buena marcha de la tesis de los alumnos encomendados. Y el Fondo Silvio Zavala recoge parte de la correspondencia del historiador que da nombre a ese Fondo, así como la del periodo en que fue presidente de El Colegio.

Una muestra de la riqueza documental de estos Fondos del Archivo Histórico es el libro *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Silvio Zavala, 1937-1958*, como un justo homenaje a don Silvio, quien fuera uno de los fundadores de El Colegio de México, primer director del Centro de Estudios Históricos y presidente de esta casa de estudios. Libro en donde el lector encontrará un diálogo entre dos grandes mexicanos que han dejado una profunda huella en la cultura mexicana e hispanoamericana. ◀

Fronteras conquistadas

JAVIER GARCADIIEGO

Para beneficio de todos los interesados en la historia contemporánea de la educación y la cultura mexicanas, la correspondencia entre Silvio Zavala y Alfonso Reyes ha sido editada como libro con el título de *Fronteras conquistadas*, para conmemorar el 90 aniversario del natalicio del primero. Su lectura resulta, digámoslo de una vez, altamente provechosa. El valor de dichas cartas es múltiple: por un lado, es el testimonio del aprecio y del mutuo entendimiento entre dos hombres de espíritu; por el otro, es el recuento de buena parte de una vida, la de Zavala, dedicada sin remilgos ni desmayos a un trabajo agotador de sólo enumerarlo; por último, es también un documento invaluable para la historia de una institución fundada por uno de los corresponsales: el Centro de Estudios Históricos, creación incuestionable de don Silvio Zavala.

Reyes, veinte años mayor —como dice la conocida canción yucateca—, “antes de conocerlo lo adivinó”. En efecto, gracias al generoso Genaro Estrada, su protector en asuntos político-burocráticos y su puntual informante sobre novedades bibliográficas, Reyes recibió en la embajada mexicana en Argentina el ensayo titulado *La “Utopía” de Tomás Moro en la Nueva España*, libro publicado por Zavala antes de cumplir los 28 años. El juicio de don Alfonso fue inequívoco: al agradecerle a Estrada su envío le dijo haberlo leído “con verdadero encanto”, habiendo quedado “singularmente impresionado”.¹ Incluso publicó

¹ Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 16 de abril de 1937, en *Correspondencia entre...*, 3 vols., México, El Colegio Nacional, 1992-1994, tomo III, p. 305.



salio' debiendo El Colegio,
 que les resulten la bre
 pero ya no tiene dineros para
 ana obtener para compl
 mo, Hist. conquista, 5 t., \$
 cler, 3 ts, \$ 75 — Anal
 más necesario) — (a be
 to de Ravi gnami, 22 ts., \$
 del mismo Instituto, 30
 ars, 8 ts, \$ 80 — Carcano,
 charrias, \$10. (Lo más
 desde abril Calildas

El Colegio de México ha publicado, para celebrar los noventa años de vida del doctor Silvio Zavala, profesor, presidente y amigo admirado de la institución, el libro *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958*, volumen que fue presentado el día 28 de enero por Andrés Lira (presidente de El Colegio), Javier Garciadiego (director del Centro de Estudios Históricos) y Alberto Enríquez Perea, investigador a cargo de la edición del epistolario.

pronto una reseña, en la que concluía que a pesar de su corta edad Zavala era “ya un autorizado historiador”, pues con su escrito, “de apretada sustancia”, inauguraba “el estudio de la filosofía jurídica mexicana en el siglo XVI”.²

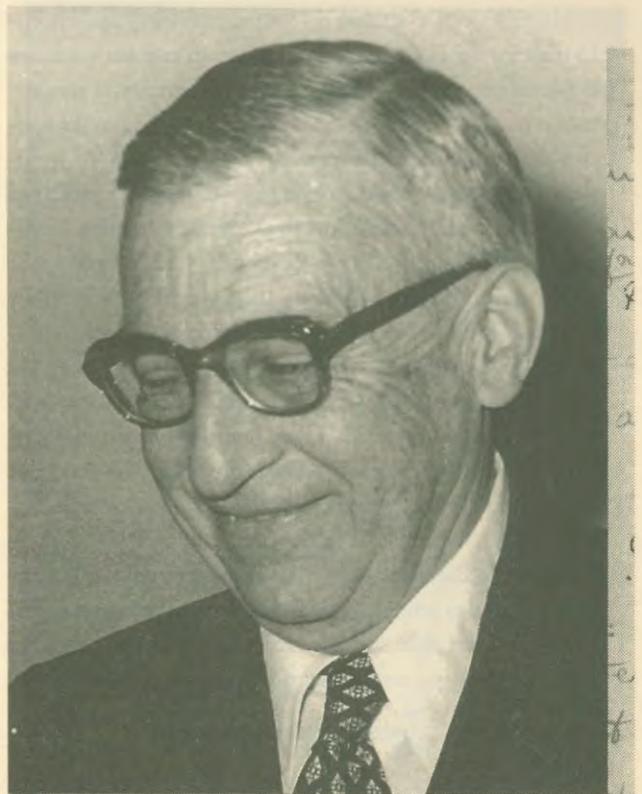
El aprecio inmediato que Reyes tuvo por la labor de Zavala se confirmaría meses después, cuando lo propuso, a pesar de su juventud y de no conocerlo personalmente, como el candidato idóneo para escribir la parte sobre México de la historia colectiva y multivoluminosa que habría de coordinar el historiador argentino Ricardo Levene.³ La confianza fue total: a mediados de 1939 lo invitó a publicar un libro en la editorial de La Casa de España,⁴ y a principios de 1940 lo instó a que colaborara en la edición de una “revista de humanidades coherente”, similar a la *Revista Hispánica Moderna* que publicaba Federico de Onís en Nueva York, o a la *Revista de Filología Hispánica* que editaba Amado Alonso en Buenos Aires.

Aunque ninguno de estos dos últimos proyectos pudo realizarse, Reyes y Zavala estaban destinados a conocerse pronto y a trabajar juntos por largo tiempo. Luego de algunas conversaciones tenidas con don Alfonso y con Daniel

² Alfonso Reyes, “Utopías americanas”, en *Sur*, Buenos Aires, año VII, núm. 40, enero de 1938, pp. 9-10.

³ Las colaboraciones de Zavala cubren de la Independencia al México contemporáneo, y se encuentran en los volúmenes VII (pp. 3-96) y IX (pp. 3-236) de la *Historia de América*, coordinada por Ricardo Levene y publicada por W.M. Jackson, Inc. Editores.

⁴ Aunque desconozco referencias concretas a él, es muy probable que a Reyes le haya interesado mucho un libro publicado por Zavala en 1938, titulado *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa, 1892-1916*, pues durante su exilio en España Reyes colaboró brevemente en dicha comisión, hacia 1919.



un peso. Espero que todo
 s. interesantes.
 a comprar estas obras que
 retar lo comprado:
 85 — Techo, 5 ts. \$ 50
 as de la Biblioteca, 10 ts, \$
 el dor, 47 ts, \$ 400
 200 (en distinto de lo q. mas obra
 nals, \$ 500 — Alberto
 Guerra Paraguay, 3 ts, \$ 2
 necesario de todo esto per
 docs. Inst^o de Ravi gran

Cosío Villegas, en octubre de 1940 don Silvio Zavala aceptó trabajar en El Colegio de México: su compromiso era doble, docencia e investigación; sus requerimientos, mínimos, tan sólo “algunos libros esenciales y pequeñas ayudas para obtener fotocopias de documentos”; su motivación, enorme, pues el proyecto de El Colegio prometía “ser de consecuencias benéficas para la cultura mexicana”.⁵

La membresía de Zavala en El Colegio fue esencial y vitalicia: casi a su llegada se convirtió en el director-fundador del Centro de Estudios Históricos—llamado en sus inicios Instituto de Historia—, encargo que sobrellevó hasta 1950; luego fue presidente de la misma institución entre 1963 y 1966, y miembro de su Junta de Gobierno por quince años; finalmente, en 1981 fue reconocido con la mayor distinción que El Colegio otorga: con toda justicia se le designó profesor emérito. Acaso resulten igualmente honorosos otros dos homenajes: en 1953 sus alumnos y discípulos publicaron el libro *Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos*, “en ocasión del vigésimo aniversario de su recepción profesional”, obsequio producto del “entusiasmo y el afecto” y que implicaba un conmovedor “mensaje humano”; posteriormente, en 1989 se le dedicaron los números 152 y 153 de la revista *Historia Mexicana*.

El libro que hoy se presenta documenta la deuda que El Colegio de México, y en particular el Centro de Estudios Históricos, guardan con Silvio Zavala. Además de su gestión fundacional, queda constancia del sello que imprimió al Centro, de la impronta que le dejó. Más que su fundador y primer director, don Silvio fue su “hacedor”.⁶ Considero imprescindible precisarlo, como fuente de permanente reflexión y autocrítica: en diciembre de 1940 Zavala propuso crear un Instituto en que se impartieran “las enseñanzas históricas fundamentales para encauzar la investigación y practicarla”; esto es, debía tener carácter docente y de investigación, con profesores “que al mismo tiempo que enseñan los conocimientos propios de su campo, pongan a los alumnos, bajo su dirección creadora, en aptitud de emprender trabajos de construcción original”. Su pro-

⁵ De hecho, cuando Zavala aceptó colaborar en ella, La Casa de España en México acababa de transformarse, apenas semanas antes, en El Colegio de México.

⁶ Luis González, “La pasión del nido”, en *Historia Mexicana*, vol. XXV, núm. 4 (100), abril-junio, 1976, p. 533. Una historia de la institución de aquellos años es la de Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, El Colegio de México (Jornadas, 117), 1990, 395 pp.

yecto se basaba en la sensatez, el rigor científico y la vocación: se trabajaría con “las personas capaces con que se cuente”, y se procuraría “la introducción de métodos modernos y rigurosos para sustituir la producción anárquica, espontánea y de ficción desconcertada”. El fin último del proyecto de Zavala era la construcción colectiva “de una imagen seria y firme de nuestro pasado”.⁷

Don Silvio Zavala partía de la convicción de que en el país había jóvenes capaces y vocados, con firmes deseos “de ahondar en los estudios históricos”, pero que desgraciadamente la mayoría se malograba “por la falta de un medio adecuado para formarse”. Por ello consideró impostergable la construcción de un Instituto que se esforzara en “levantar nuestra producción al rango que le corresponde por la dignidad e interés de su materia”. Obviamente, su propósito era académico, lo que explica que en su proyecto predominaran la humildad y la moderación sobre el triunfalismo y el despilfarro. Así lo hizo ver cuando enfatizó: “El Instituto trabajará dentro de la mayor modestia hasta que el resultado de sus trabajos, y no el anuncio de éstos, amerite que sea conocido. En caso de buen éxito, el prestigio científico vendrá sin solicitarlo.”

La perspectiva de Zavala era suficientemente amplia como para percibir que la recuperación de la salud de la historiografía nacional—en otras épocas disciplina de gran “elevación”—no se alcanzaría con la creación de un pequeño centro de investigación y docencia. Don Silvio también hizo numerosas gestiones para que mejoraran las condiciones que prevalecían en el Archivo General de la Nación y en los demás repositorios documentales mexicanos. En este libro queda constancia de un prolongado viaje por el norte del país para diagnosticar la situación y proponer mejoras respecto a la conservación y consulta de los documentos históricos. Otra carta describe los esfuerzos realizados, junto con Agustín Millares Carlo, en beneficio de la Biblioteca Nacional. Si bien estaba convencido de que sus condiciones no hacían imposible la investigación, Zavala demandó “la formación de un personal técnico y mayor ayuda de parte de los gobiernos”, pues sabía que “el estado de dichos establecimientos influye sobre la posibilidad de escribir buenas y documentadas historias”.

La existencia de instituciones de investigación y docencia y la correcta disponibilidad de los documentos

⁷ Luis González, *op. cit.*, p. 535.

históricos determinarían la profesionalización de la disciplina. Según su apreciación, Argentina y México eran los países latinoamericanos con el mayor grado de profesionalismo en el oficio, pues en ambos se contaba con historiadores que desempeñaban profesionalmente la docencia y la investigación en instituciones educativas o culturales del Estado. Afortunadamente, en estos países los jóvenes con vocación empezaban a disponer de instancias donde podían formarse, y las cátedras y cargos de investigador, aunque todavía insuficientes, les servían de aliciente. Resulta incuestionable la enorme influencia de don Silvio Zavala en la profesionalización de los estudios históricos del país:⁸ no sólo fue decisivo como creador y profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos. También fue determinante su benéfica influencia en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, tanto en la Comisión de Historia, que presidió, como en la *Revista de Historia de América*, que fundó y dirigió por varios años. Asimismo, Zavala dedicó mucho tiempo a la mejora del Museo Nacional de Historia. Por último, también deben ser consignadas sus publicaciones y los cursos impartidos por entonces al amparo de El Colegio Nacional.⁹

Comprendiblemente, en el libro que ahora se presenta están mejor delineados sus afanes en beneficio de nuestro Centro de Estudios Históricos. Sus esfuerzos fueron múltiples y constantes: en ocasiones intentó allegarle ayudas económicas internacionales; también aprovechó sus estancias como profesor en el extranjero para escoger personalmente a los jóvenes que pudieran ingresar a la institución como alumnos-becarios; en otros viajes detectó a varios que luego colaborarían con el Centro como profesores-investigadores (tal fue el caso de Javier Malagón, a quien conoció en 1946 en Santo Domingo); otra preocupación constante suya fue la presencia de expertos internacionales en temas conducentes para la formación de los alumnos.¹⁰ En un lenguaje sin el más leve indicio de cualquier

⁸ La profesionalización se logró por varios caminos paralelos. Recuérdese que el Instituto Nacional de Antropología e Historia se fundó en 1939, y que la UNAM creó el Instituto de Investigaciones Históricas en 1945.

⁹ Zavala ingresó a El Colegio Nacional en 1947, y a la Academia Mexicana de la Historia un año antes, en 1946. Para un puntilloso recuento de sus obras, labores y distinciones, véase *Bio-bibliografía de Silvio Zavala*, México, El Colegio Nacional, 1993, 147 pp.

¹⁰ Tan sólo entre 1951 y 1957 propuso que se invitara, entre otros, a Erwin Walter Palm, historiador del arte, a Charles Verlinden, historiador colonialista belga, y a Ronald Syme, eminente historiador de la Roma antigua.

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

**Alfonso Reyes y el llanto de España
en Buenos Aires**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

**Daniel Cosío Villegas y su misión
en Portugal 1936-1937**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

**Fronteras conquistadas.
Correspondencia
Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958**

Alberto Enríquez Perea (*compilador*)

NOVEDADES

**La federalización educativa en México.
Historia del debate sobre la centralización
y la descentralización educativa (1889-1994)**

Alberto Arnaut

**El libro del viaje nocturno
y la ascensión del profeta**

Fernando Cisneros (*estudio introductorio y traducción*)

**Normatividad urbanística
en las principales metrópolis de México**

Gustavo Garza y Fernando A. Rodríguez
(*compiladores*)

**Gobierno local, poder nacional. La contienda
por la formación del Estado mexicano**

Mauricio Merino



jerga burocrática, Reyes le contestó que sus sugerencias "son siempre de oro".

Claro está que la mayor aportación de Zavala al Centro fue la disciplina que le impuso, decisión respaldada siempre con su ejemplo. Así, a principios de 1950 recomendó que los estudiantes tesistas informaran cada mes, por escrito, sobre la marcha de su investigación. Reyes, aunque siempre más relajado, acató la recomendación "desde luego". Su severidad, sin embargo, nunca lo llevó a malograr a ningún candidato prometedor: considérese que a finales de 1952 recomendó que se prorrogara la beca del joven estudiante Luis González, por ser "persona seria y de gran promesa". Sus reconvenciones disciplinarias alcanzaban a los colegas: de manera lapidaria Zavala alertó a Reyes contra los "catedráticos-taxi", que sólo cumplen con sus horas lectivas "y lo demás no les interesa". Zavala también fue decisivo en la definición vocacional del Centro, al proclamar que "el programa último" —que era la construcción "de una imagen seria y firme de nuestro pasado"— nunca debería supeditarse "a las necesidades del momento".

Con todo, la mayor aportación de Zavala a la historiografía mexicana, por encima incluso de sus labores directivas y docentes, radica en la calidad de sus obras y en los numerosos temas y campos abiertos por él. Dicha calidad no pasó desapercibida para Alfonso Reyes, su amigo y compañero de labores: si *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España* le había parecido un libro del "mayor interés", su *Ideario de Vasco de Quiroga*, publicado en 1941, le pareció una obra de gran saber histórico y "medida de tono"; más aún, a su *América en el espíritu francés del siglo xviii*, publicada en 1949, la calificó como "verdadera joya", y su ensayo "Formación de la historia americana", de 1951, le pareció "sencillamente cautivador". Reyes admiraba su "tratamiento ascético" de los fenómenos históricos, los que analizaba "con la brújula de su cordura", que no era una facultad adquirida "sino una virtud innata".¹¹ En una de sus últimas cartas don Alfonso hizo un gran elogio al conjunto de su obra: ésta le parecía "sólida y perdurable", además de muy provechosa: "cada rasgo de su pluma me enseña algo".

Los elogios de Reyes son compartidos por todos los colegas, por los de ayer y los de hoy. En efecto, uno lo considera "el historiador estrella".¹² Para otro, su apasionada

¹¹ Alfonso Reyes, "Salutación a Silvio Zavala", anexo 7 de la correspondencia que aquí se comenta.

¹² Luis González, "Silvio Zavala y el quehacer histórico en México",

\$ 76. 10. Son las que un par
más de esto no puede sacar.
junto como comprando 27
que antecede a los comprob
retenido para consultar: G
ber, Correspond. ciudad B. Hites,
sin apenas con elija de verlos
con los demás documentos
\$ 80.50; y las demás al 17 t
verbal que lo gastado un
agio, un peso. Espero que to
de los intereses antes.
para comprar estas obras que
completar lo comprado:
t, \$ 85 — Techo, 5 ts. \$ 5
Anales de la Biblioteca, 10 h,
Cabillos, 47 h, \$ 400
ts., \$ 200 (en distinto de lo q. nos ob
30 vols., \$ 500 — H+bera

entrega al oficio, su rigor científico y su ecuanimidad en la interpretación lo hacen "uno de los más completos y ricos historiadores americanos actuales".¹³ Silvio Zavala no fue solamente un creador de instituciones ni un animador y promotor de la historia rigurosa. Él mismo fue, muy probablemente, el "iniciador de la historia científica" en América.¹⁴ Sin embargo, la suya fue una historia rigurosa pero nunca ortodoxa. Al contrario, siempre fue renovadora y fresca. Zavala fue de los primeros en tras-

en *Historia Mexicana*, vol. XXXIX, núm. 1 (153), julio-septiembre, 1989, p. 9.

¹³ Clara E. Lida, "Silvio Zavala o la pasión del oficio", en *Historia Mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 4 (152), abril-junio, 1989, p. 593.

¹⁴ François Chevalier, "Silvio Zavala, primer historiador de la América hispano-indígena. El caso del trabajo de la tierra", en *Historia Mexicana*, vol. XXXIX, núm. 1 (153), julio-septiembre, 1989, p. 21.

cender la historia política tradicional, interesándose en la historia social, institucional, económica, cultural, religiosa, de las ideas y de las mentalidades. Al no privilegiar ninguna de sus dimensiones esenciales, la suya termina por ser una visión “equilibrada” de la historia. Otra sana y sabia característica de su obra es su desconfianza por las teorías de moda.¹⁵ Como bien dijera una apreciada colega, Zavala “se opone al dogmatismo rígido, a la certeza petulante, al fetichismo por los datos y a la superstición por la teoría”; partidario de Aristóteles antes que de Platón, siempre ha preferido la elegancia de la precisión a los riesgos de la especulación. Obviamente, la suya nunca ha sido una historia fría; en ella siempre han predominado dos pasiones; una, por el tema de estudio; otra, por el oficio.¹⁶

Consciente del peligro que implica cualquier actitud nostálgica, y contrario al apotegma de que “todo tiempo pasado fue mejor”, puesto que cada época tiene su naturaleza propia, no puedo evitar comparar las condiciones en las que trabajó Zavala con las que hoy prevalecen. Antes se trabajó sin estabilidad laboral, en base a contratos anuales, y hubo momentos en que se llegó a temer por la sobrevivencia de la institución. No sólo pasó varios años sin aumento de sueldo, sino que hubo ejercicios en que se tuvo que recurrir al descuento salarial. También se reducía entonces la parte proporcional correspondiente al tiempo que se laboraba en otras instituciones. Hoy, no cabe la menor duda, disfrutamos de mejores condiciones laborales. Esto es resultado de la profesionalización de las ciencias sociales, profesionalización que tanto debe a Silvio Zavala.

La correspondencia entre ambos personajes concluye en noviembre de 1958, un año antes de la muerte de Reyes. Desde mediados de 1956 Zavala se encontraba en París como Consejero Cultural de la embajada, cargo que siempre consideró como “un paréntesis”, pues desde un principio prometió que reanudaría su relación con la institución, relación “que siempre ha sido para mí tan valiosa y firme en todas las circunstancias”. Reyes, ajeno por naturaleza a cualquier lenguaje burocrático, en su respuesta se limitó a decirle que volviera cuando pudiera y quisiera, pues El Colegio “siempre será su casa”; respecto al pago, en lugar de decir que se reanudaría al término de su licencia, comisión, permiso o cualquier otra fórmula por el estilo, don Alfonso se limita a decir que se reactivaría “cuando gire de nuevo la rueda”. La última carta de Zavala fue para felicitar

a Reyes por haber recibido el doctorado *honoris causa* de la Universidad de París. A su vez, Reyes murió “anheloso de conocer” el libro que Zavala escribía por entonces, su admirable *Mundo americano en la época colonial*.

La lectura de esta correspondencia nos permite, en ocasiones, asomarnos al mundo íntimo de ambos. Zavala siempre confesó su aprecio y admiración por Reyes; más aún, estaba convencido de que don Alfonso constituía una “saludable excepción en nuestro panorama humano”. Acaso la mayor demostración de confianza se dio cuando Reyes entregó a Zavala, por entonces director del Museo de Historia, la silla de montar que iba usando su padre cuando murió frente a Palacio Nacional, el 9 de febrero de 1913; un capote que llevaba puesto el mismo día, y un pedazo del pantalón “que fue arrancado al cadáver y lleva señales de las balas”.

Cualquiera que conozca la biografía de Reyes, podrá imaginar lo que le costó desprenderse de objetos tan significativos. Más aún, en 1951 Reyes hizo una conmovedora confesión. De todos es sabido que después de los sucesos de febrero de 1913 Reyes se había alejado del país, negándose durante muchos años a retornar. Cuando se vio forzado a hacerlo, en 1939, lo hizo de manera renuente aterrorizado por su ascendencia y por los revolucionarios triunfalistas y vengativos. Para su fortuna, El Colegio de México, y en particular colegas como Zavala, iluminaron lo que estaba en tinieblas. Por ello Reyes agradecía, y celebraba que las circunstancias de su vida lo hubieran traído “al contacto familiar y cercano con hombres —se refería a Zavala— de tan singulares prendas”.

Concluamos. ¿Qué lecciones nos dan Reyes y Zavala a través de su correspondencia? ¿Qué retos nos imponen? Estas preguntas son de fácil respuesta pero de difícil cumplimiento. Uno, “ejemplo vivo” con quien tenemos una deuda “imposible de retribuir en toda su magnitud y complejidad”,¹⁷ nos deja el compromiso de trabajar, con pasión y rigor, hasta el límite de nuestras fuerzas; el otro, la posibilidad de ser rigurosos sin ser pedantes, y el concebir al donaire como la mayor virtud intelectual; ambos, la necesidad de que El Colegio siga siendo una institución donde prevalezca una “atmósfera humana y culta”, no amenazada sino enriquecida por las diferencias entre sus componentes, como diferentes eran Reyes y Zavala. Por ello, por tan importantes enseñanzas, sólo me resta decir, muchas gracias Alfonso Reyes, muchas gracias Silvio Zavala. ◀

¹⁵ *Ibid.*, pp. 22, 26.

¹⁶ Clara E. Lida, *op. cit.*, pp. 593, 597.

¹⁷ *Ibid.*, p. 594.

De la misma lengua a la lengua misma

Parece que no tenía yo escapatoria. Tan poco adecuado como soy para leer aquí la conferencia inaugural, tengo la impresión de que el destino me ha preparado una verdadera encerrona. Para empezar, ha usado uno de sus trucos preferidos: los motivos de salud, para impedir que diera esta conferencia quien a todas luces era el indicado: Antonio Alatorre. No sé si es mayor desgracia para mí o para ustedes, pero sé que hay un terreno en el que la sola presencia aquí de Antonio Alatorre sería una batalla ganada para la unidad del español. Voy a tocar ya, adelantándome al buen orden de la exposición, uno de los bordes de nuestro tema diciendo unas palabras sobre ese terreno.

En la época de mi formación intelectual, en México, creo que nos sentíamos claramente herederos de una tradición reciente, pero vigorosa, de sana filología española. Pero esa tradición, como tantas tradiciones españolas, florecía mejor en América que en España. La antorcha que nos llegaba indirectamente de los Menéndez Pelayo y los Menéndez Pidal, la recibíamos directamente de manos de Alfonso Reyes, de Henríquez Ureña, de Amado Alonso, de Raimundo y María Rosa Lida. Cuando esos maestros desaparecieron, la antorcha siguió bien viva en manos de Antonio Alatorre y de Margit Frenk. La ola de esa tradición tuvo su cresta durante algún tiempo en Buenos Aires con la *Revista de Filología Hispánica*, más tarde en México con su hija directa la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, cobijada en El Colegio de México de Alfonso Reyes.

Y no olvidemos que El Colegio fue antes Casa de España en México. Es triste que haya que recordarles estas cosas a los españoles. Se ha dicho mucho que España no

recuperará del todo la memoria mientras siga haciéndose la distraída ante la historia del exilio. Pero lo que hace tan difícil superar esa incomodidad que es para España tener en cuenta el exilio es que casa perfectamente con la incomodidad generalizada de tener en cuenta al otro, sobre todo al otro cercano, o sea propiamente al prójimo. Tal vez lo típicamente español no es tanto escandalizarse, como el burgués de Montesquieu, de que se pueda ser persa, sino sobre todo de que se pueda ser otro español—de que se pueda hablar otro español. Ahora: no es lo mismo la unidad de la filología española que la unidad de la lengua española, pero ese nivel filológico no será sano mientras sus estudiosos de España olviden a ratos que no se puede hacer hoy filología en español sin contar todo el tiempo con ciertos frutos americanos tan jugosos como la *Revista de Filología Hispánica* y la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, o, para volver a lo personal, como el libro de Antonio Alatorre *Los 1,001 años de la lengua española*.

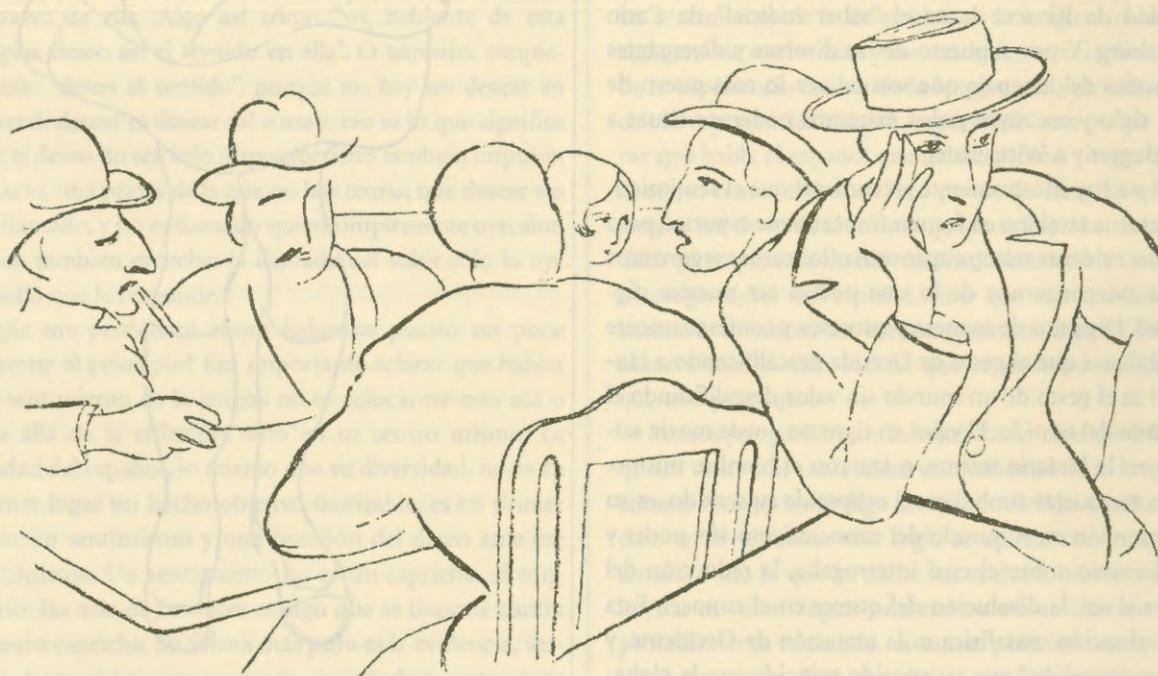
No podía yo dejar de asentar esto antes de empezar, pero una vez asentado, vuelvo a mis quejas contra el destino. Porque no bastaba la ausencia de Antonio Alatorre para que tuviera que sustituirlo automáticamente yo. Sólo que se da la circunstancia de que soy ya de los pocos sobrevivientes de lo que en alguna época pudo llamarse sin ironía “los niños del exilio”. Soy pues algo así como un espécimen, un curioso ejemplo, por supuesto accidental, de cierta unidad del español. Y para colmo traductor masivo, casi decano ya de la profesión, y fundador para mayor inri de un centro de estudio y formación de esa actividad en El Colegio de México. Y tal vez lo peor: poeta.

Todo eso me indica suficientemente el lugar, o tal vez mejor el hueco, que estoy llamado a llenar en esta mesa. Es el lugar de mi personal experiencia de la lengua a caballo entre dos continentes y a la vez entre dos o más niveles: el de escritor, el de traductor, el de profesor. Con lo cual estoy de sobra justificado, supongo, para declarar que de lo que voy a hablar es de mi sentimiento de la lengua. Doblemente justificado si decido alegar además que mi intromisión de emergencia me da el derecho a improvisar. Pero nunca me ha gustado sentirme justificado de antemano, de modo que voy a empezar por discutir un poco, por si acaso, eso del sentimiento.

Hablar de un sentimiento de la lengua puede ser una manera quizá elegante, seguramente cursi, de evadirse en la vaguedad y en lo inverificable. Pero puede ser también una actitud bastante menos irresponsable. Yo sigo pensando que el gran problema de este siglo, y sin duda del que viene, es la relación entre el mundo del conocimiento, con todo el poder y el dominio que da su aplicación, y el mundo del valor, de la moral, de lo deseable, que también puede llamarse el mundo del sentido. Es claro que el prodigioso avance de los últimos dos o tres siglos en cuanto a saber lo que podemos nos ha hecho en cambio avanzar bien poco en cuanto a saber lo que queremos. Este segundo saber es quizá menos estrictamente racional

que el primero, pero eso no significa que no pueda ser profundamente razonable. Entre la idea de lo que podemos y la idea de lo que queremos las relaciones son hoy en su mayor parte de puro conflicto. Pienso que la primera forma que toma espontáneamente esa cuestión es la de preguntarse qué sentido tiene ese conocimiento que hemos desarrollado tanto. Por eso dije antes que el mundo del valor puede llamarse también del sentido. Plantear esa pregunta es haber descartado ya una primera posible respuesta, que diría que el sentido del conocimiento es el poder y el dominio que acarrea. Preguntar qué sentido tiene el conocimiento es preguntar ya qué sentido tienen el poder y el dominio que le están necesariamente asociados, lo cual quiere decir que preguntar por el sentido no es preguntar por los nexos necesarios, incluso si no son obvios y necesitan investigación, sino preguntar por consecuencias posibles pero no automáticas ni inevitables. Dicho de otra manera, esa pregunta no lleva a analizar sino a interpretar.

O sea que es una obviedad tan lógica como razonable decir que el sentido del conocimiento —y del poder y el dominio que conlleva— no cae en el campo del conocimiento. Lo cual puede parafrasearse en estilo marxiano diciendo que la praxis es irreductible a la teoría, o en estilo kantiano diciendo que la razón práctica es autónoma



respecto de la razón pura, o en estilos variados diciendo algunas de las cosas de sentido común que iré soltando aquí y allá. Y la primera será ésta: lo más característico del sentido, lo que más claramente lo distingue de lo cognoscible en sentido estricto, es que no es autónomo respecto del valor. Cuando digo aquí lo cognoscible en sentido estricto quiero decir lo que permite describir el mundo de manera lógica y a la vez causal, objetiva y predecible, todo lo cual implica una estricta indiferencia respecto del valor, o sea del interés, o sea del deseo, o sea del sentimiento. Podemos decir entonces, sin asustarnos del desprestigio de ciertas palabras, que toda interrogación sobre el conocimiento que no se centre en él mismo y se muerda la cola es un retorno del sentimiento.

Este retorno se hizo en este siglo saliendo a la superficie, como por capilaridad, a través de ciertos órganos del pensamiento o de ciertos tejidos del saber que no es de extrañar que hayan estado reprimidos o descalificados últimamente. El sentimiento sonrojaba más o menos intensamente la piel de la fenomenología, de la psicología gestaltista, de la filosofía de la existencia, de la hermenéutica, del pensamiento de lo otro de Bataille a Lévinas, de la caza del valor de Nietzsche a Kierkegaard; pero también, por lo menos a manchas, de la vieja estilística, de la pedagogía humanista hasta Piaget mismo, de la etnología de la comprensión hasta el umbral del propio Lévi-Strauss, de la historia interpretativa desde la narrativa de Ricoeur hasta el "saber indicial" de Carlo Ginzburg. Y por supuesto de las diversas y divergentes filosofías del lenguaje que son tal vez lo más nuevo de este siglo y en cuyos polos extremos podemos situar a Heidegger y a Wittgenstein.

Y no hay inconveniente en confesar que el sentimiento retorna también en formas francamente espurias, pero es una evidente trampa aprovechar los casos vergonzosos para avergonzarnos de lo que podría ser nuestra dignidad. Digamos de manera pintoresca y confesadamente atrabiliaria que el gesto de Derrida descalificando a Husserl es el gesto de un mundo sin valor descalificando el mundo del sentido. El valor en rigor no puede morir, salvo con la historia misma, o sea con el hombre mismo. Pero su muerte simbólica, el eclipse de su sentido, es su reabsorción en el mundo del conocimiento, del poder y el dominio sobre el cual interrogaba, la reducción del valer al ser, la disolución del querer en el conocer. Esta globalización metafísica es la tentación de Occidente, y no es casualidad que su cúspide coincida con la globa-

lización social y cultural, la reducción del sentido de la sociedad a la lógica de su funcionamiento, la disolución de la política en la administración. Se trata de una sociedad sin valores y a la vez arrogantemente segura de estar justificada, que es la definición misma de una sociedad cínica, y lo más opuesto al sentimiento no es el racionalismo puro y duro, sino el cinismo de la Razón.



Pero no crean que he olvidado que íbamos a hablar de la lengua. Si he divagado algo abstrusamente ha sido para darles a ustedes (y tomarme yo mismo, naturalmente) algunas facilidades. Porque hablar del sentido y del sentimiento directamente en relación con la lengua es muchísimo más complicado. ¿Cómo preguntar sobre el sentido de la lengua, que es sentido ella misma de cabo a rabo, cuando además sólo podemos preguntar con esa lengua misma? Y no sólo con la lengua misma sino con la lengua tal cual, pues ni siquiera esa estructura formal obtenida por destilación de la lengua que llamamos lógica puede de veras interrogar. La lógica no contiene más que afirmaciones y negaciones, mientras que la interrogación es lo que los lingüistas llaman un acto ilocutorio. Un acto: algo del lado de la praxis, algo que la lógica no puede ser nunca.

Klaus Heger, uno de los semanticistas recientes más interesantes y más desatendidos, enseñaba que la semántica no puede decir nada que la lengua no haya dicho ya. Pero enseñaba algo más: enseñaba también que el rango último del contenido de la lengua es su autovaloración, su sentido como norma o la norma de su sentido. Llevando al extremo esta idea de Heger, yo diría que si el rango penúltimo en su descripción es el "yo digo que..." implícito y eternamente circular pero radicalmente ineliminable en todo decir, el último sería un "yo deseo que..." obviamente dirigido a la lengua misma o en todo caso siempre a través de ella. Algo así como "yo, hablante de esta lengua, deseo así el sentido en ella". O también, simplemente: "deseo el sentido", porque no hay un desear en general, desear es desear así o asao; eso es lo que significa que el deseo no sea sólo impresión sino también impulso, un acto, una praxis de la que no hay teoría; que desear sea ser llamado, y no es llamado quien simplemente oye, sino quien también escucha: la llamada del valor sólo la oye aquello que le responde.

¿Se me perdonará ahora haberme puesto un poco solemne al principio? Era importante aclarar que hablar del sentimiento de la lengua no es colocarme más acá o más allá de la reflexión, sino en su centro mismo. La unidad del español, lo mismo que su diversidad, no es en primer lugar un hecho objetivo teorizable, es en primer lugar un sentimiento y una posición del deseo ante ese sentimiento. Un sentimiento no es un capricho, al contrario: las más de las veces es algo que se impone contra nuestro capricho. Su forma más pura es la evidencia, verdad desarmante que se siente sin pruebas, como sabe

todo epistemólogo. Tomado así, el sentimiento puede ser simplemente un nombre más modesto y vago, pero también más dúctil y más amplio, de ciertas nociones de las que el formalismo analítico, en su tentativa de exteriorizar todo el interior del lenguaje, no logró nunca deshacerse del todo: la evidencia, la intuición, la vivencia de Husserl, la unidad de sentido indivisible en la psicología de la *Gestalt* y en su comentario filosófico en Merleau-Ponty, el salto interpretativo en los epistemólogos pragmáticos, el recurso a la introspección para el análisis de la significación en la semántica cognitiva, y muchas otras cosas que están como éstas tan pegadas al muro del horizonte último, que es imposible meterles por detrás la cuña de una explicación previa. El sentimiento así es ese contacto unitario e inmediato con el sentido que no borra la valoración y su llamada al deseo, y puede aventurarse la suposición de que esa inmediatez y ese deseo, aunque no son causa y efecto entre sí, puesto que estamos aquí al margen de la causalidad, son sin embargo solidarios, es decir que no hay unidad de sentido sin deseo ni deseo sin unidad de sentido.

Todo eso significa también que lo que está de veras en juego aquí no es la diversidad del español, sino su unidad. Puede perfectamente estudiarse la diversidad del español sin interrogarse sobre su sentido, pero su unidad es necesariamente problemática porque implica interrogar sobre el sentido de esa diversidad. Hay también, por supuesto, un sentimiento de la diversidad de la lengua, incluso de cada una de sus formas, y ese sentimiento es ineliminable de la experiencia misma de la lengua, pero eso no invalida esa experiencia. Ningún hispanohablante puede ignorar que habla el español que habla, incluso si cree que es el mejor o aun el único. Pero puede dudarse de que esa lengua sea de veras la misma que la del vecino. Podemos decir pues que no sólo hay un sentimiento de la unidad o heterogeneidad del español, sino que esa unidad o su ausencia consisten en ese sentimiento mismo de una manera mucho más radical que la variedad de español que uno practique.

Vamos por partes para intentar hacer más claro lo que quiero decir con eso. Hablar una variedad de la lengua es abrazar una norma, y digo abrazar poniendo mucha atención en el término: una regla se aplica, una norma se abraza. Todo lo que he dicho hasta ahora muestra que la norma es valor. Seguir una norma no es atenerse a un procedimiento necesario, es tomar posición, aunque sea sin darse cuenta. Esto nos explica también muchas de las

confusiones y oscuridades en las discusiones prácticas sobre la lengua e incluso en su enseñanza. Una regla que se elige adquiere el estatuto de norma: no sólo se aplica sino que se abraza. Yo puedo atenerme a una pura regla gramatical para decir "Niños, no hagan ruido", y también para decir "Niños, no hagáis ruido". Pero si *elijo*, estoy abrazando una norma. No es fácil en una discusión distinguir claramente las reglas de las normas, y menos aún las reglas que aplico mudamente de las reglas que proclamo. Un traductor experimenta a fondo estos cruces de la ambigua frontera entre la regla y la norma, pues a cada rato tiene que elegir donde el original simplemente aplicaba o limitarse a aplicar cuando el original podía elegir. Tampoco es menor esa vaguedad, por supuesto, en la lectura de un poema: allí todas las reglas, por lo menos en principio, aparecen como normas, como elecciones de la originalidad del poeta; la lengua entera, incluyendo el famoso código, está valorizada, propuesta al deseo, que es lo que lleva a Jakobson a decir ingenuamente que la función poética apunta al código.

Volvamos un poco atrás. La norma no es sólo esa especie de quasi-regla o regla tendencial y estadística que concebía la estilística praguense. Tal como la concibe Heger, o tal como desarrolla más tarde su noción Luis Fernando Lara, es la imposibilidad de borrar de la lengua, o incluso de la significación en general, su sentido valorativo. No se puede decir nada sin valorar a la vez ese decir mismo. El rango último de Heger, último por ser el más ineliminablemente implícito, es esta afirmación tácita: "Lo digo así porque creo, por lo menos hasta ahora y hasta donde alcanzo, que así *debe* decirse." Así como Platón creía que el hombre no puede hacer el mal adrede, el hablante parte de que no se puede decir mal adrede.

Y eso nos lleva un pasito más allá. En todo lo que sea praxis, moral, valor, gran parte de la confusión proviene de esa palabrita: deber. Hasta el padre de la más formal de las lógicas formales, o sea Gottlob Frege, desde el momento en que comprende que la aserción no es una forma intemporal sino un acto, o sea desde el momento en que tropieza con la práctica o praxis o pragmática, tenía que acabar debatiéndose al borde del abismo con el sentido de la ley. Sería mucho menos fácil reabsorber o subordinar el valor si no fuera tan fácil entender lo que debe ser como lo que es necesario.

Pero ese deslizamiento me parece que es mucho más que una anfibología terminológica. El deseo mismo, incluso en su forma psíquica, como bien vio Lacan, es tam-

bién deseo de ley. Abrazar una norma lingüística es, para ponerlo en solfa kantiana, desear elevarla a ley de universal observancia. El que dice en México "carne de puerco" o "carne de res" tiende inevitablemente a juzgar que así debe decirse, y lo mismo le pasa al que dice en España "carne de cerdo" o "carne de vaca". Que en la experiencia del hablante no está nada claro si es una norma universal, una regla automática, una ley propiamente dicha o una simple verificación de hecho lo que propone así, se ve en la simple circunstancia de que todos tomamos como sinónimas la pregunta "¿cómo se dice?" y la pregunta "¿cómo debe decirse?"

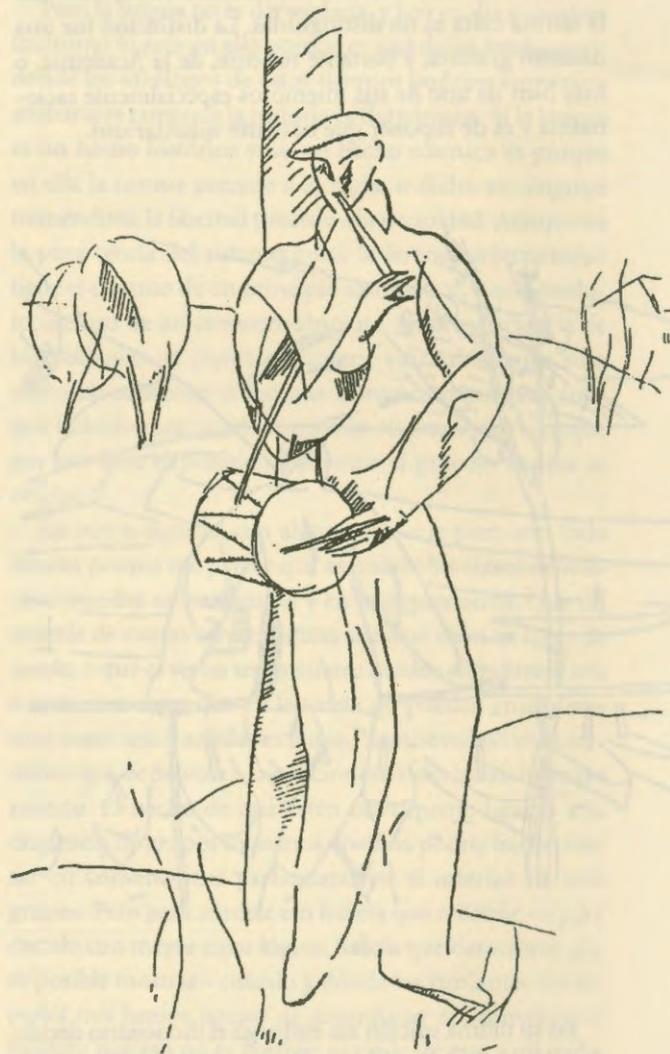
Con esto hemos puesto ya un pie fuera de la lengua, o mejor dicho estamos mirando ya el pie que la lengua pone fuera de ella misma. Porque no es la lengua, sino la disciplina en la que la ordenamos, la que puede contenerse en sí misma. En nuestra experiencia real de la lengua real en un mundo real, no hay una lengua separada o separable del mundo: la única lengua de la que tenemos experiencia es el mundo como lengua. Sólo en esa perspectiva pueden tomar sentido ciertas sutilezas del sentimiento de la lengua, de la norma valorativa, del deseo de sentido. Como por ejemplo ésta que adelanto de manera cautamente hipotética. En una lengua española no inmunizada contra el mundo que la rodea, es de esperarse que la norma sea más abierta y dúctil en América que en España. Es difícil que un hispanoamericano, incluso analfabeto, no sienta de una manera o de otra que la lengua que habla vino de algún sitio y no estuvo siempre allí, que es movable y plural y que él no es su propietario indiscutible. Es más difícil que un español tenga conciencia, quiero decir sentimiento, de estas cosas, que por supuesto son igualmente válidas para la variedad de lengua que él habla.

Por ejemplo: el diccionario de la Academia marca a veces algunos términos como americanismos, o mexicanismos, o colombianismos. Aparte de que suele equivocarse en sus datos lexicográficos, supongo que por incompetencia, pero sobre todo por desdén, es francamente escandaloso que no marque como españolismos términos absolutamente desconocidos para la inmensa mayoría de los hablantes, o sea los no españoles, ni siquiera adesios como "brico-laje" o "explosionar" o "fallo" en el sentido de "falla". Cuando un hispanoamericano defiende, incluso acaloradamente, sus modos de decir, nunca descalifica por ello de un manotazo los de la Península. La recíproca, como sabemos, es bien rara.

Pero antes de seguir adelante me parece imprescindible poner algunos puntos sobre algunas íes. La cuestión de la diversidad y la unidad de la lengua no es la misma que la cuestión de la corrección, pero es claro que estas dos cuestiones se traslapan de varias maneras. La unidad del español no puede ni siquiera plantearse si se reduce a una estricta cuestión de reglas con exclusión de las normas, si es cuestión de gramática pura limpia de todo sentimiento de la lengua. Nadie puede negar que la expresión "vos sos" obedece a una regla incompatible con la que rige la expresión "tú eres". Lo único que puede poner en relación esas dos reglas excluyentes es colocarlas dentro de dos diversas normas de una misma lengua, lo cual implica, fijémonos bien, que hay un nivel del español argentino donde "tú eres" es una expresión "correcta", pero también, si somos rigurosos, que hay un nivel del español de España donde "vos sos" es una expresión "correcta". Ese nivel no puede ser sino lo que se llama en lexicografía el nivel culto. Es frecuente juzgar apresuradamente, y muchas veces en tono de reproche, que el nivel culto es un nivel selecto, "elitista", como dicen, y por lo tanto excluyente y reductivo. Un poco de reflexión nos muestra que tiene que ser por el contrario el nivel más amplio y comprensivo. La idea de lengua culta, que es por supuesto una idea vaga y bastante intuitiva, apunta al nivel de lengua no sólo más elevado, sino también más reflexivo, consciente y atento. Es de suponer que en los niveles más bajos las diferentes normas lingüísticas se ignoran mutuamente, mientras que sólo la lengua culta puede tener una mirada panorámica. Pero esto no es una pura posibilidad teórica: es claro por ejemplo que, dentro del español peninsular, sólo en una novela bastante elaborada y refinada, de alto nivel culto, podríamos encontrar términos o formas sintácticas americanos.

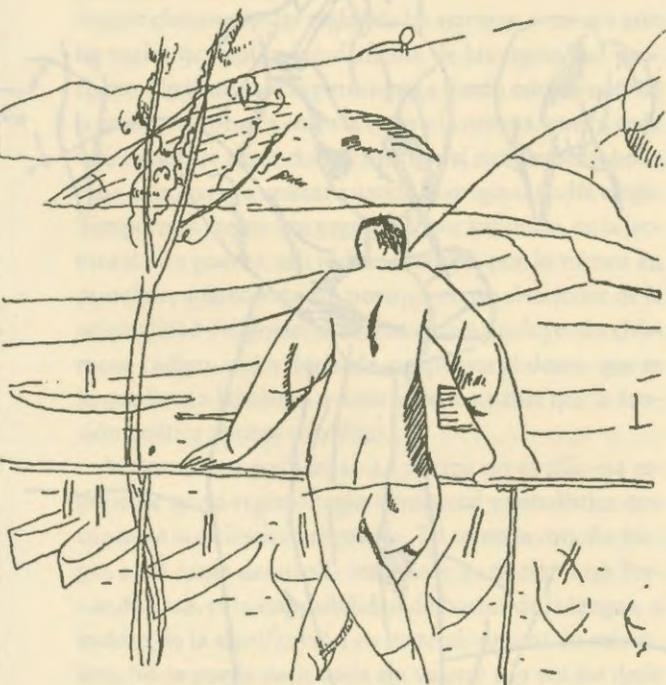
Se ve que estamos tocando ya las capas más oscuras e irritables del sentimiento de la lengua. La idea de corrección ha dependido siempre de la norma culta, aunque el percatarse de ello es cosa relativamente reciente. Pero lo que hace tan conflictiva esta idea me parece que es la nebulosidad en cuanto al sentido de la norma, a su carácter valorativo, a su esencial alianza con una u otra actitud, lo que llamaré, no para definirlo sino para destacar su silueta, la moral de la lengua. Esa nebulosidad es la que permite plantear como dos realidades opuestas, excluyentes e irreductibles la normatividad por un lado y la práctica por otro.

La historia del diccionario de la Academia ilustra perfectamente esta dicotomía y la ceguera que la sostiene.



Durante un par de siglos por lo menos la Academia se aferró intransigentemente a la normatividad pura y dura. O sea a transformar en regla obligatoria la norma culta, o más bien *una* norma culta seleccionada de manera bastante arbitraria. O incluso lo que a veces decidía o inventaba que era norma culta, como se ve en este sabroso ejemplo: en muchas editoriales y periódicos siguen corrigiendo y reconviniendo a los pobres autores y traductores que confunden las formas verbales "deber" y "deber de". Tanto Corominas como Manuel Seco han mostrado sin lugar a dudas que no hay ninguna norma culta que justifique esa distinción. Del Arcipreste de Hita a don Ramón Menéndez Pidal, todos los "buenos escritores", como dice

la Academia, usan indistintamente esas formas, o sea que la norma culta es no distinguirlas. La distinción fue una decisión gratuita, y bastante reciente, de la Academia, o más bien de uno de sus miembros especialmente racionalista y es de suponer que bastante voluntarioso.



En su última edición sin embargo el diccionario decide de repente pasarse al otro bando, declarando que su función es la de registrar humildemente la práctica de la lengua. Pero un diccionario es inevitablemente normativo, y pensar que basta declararse neutral para serlo es una actitud tan voluntarista como la de inventar personalmente reglas. Los diccionarios más prudentes intentan calificar y poner en contexto su inevitable normatividad, para lo cual empiezan por reconocerla. La idea de registrar exhaustiva y neutralmente la práctica de la lengua no es que sea difícil de alcanzar, es que es tan carente de sentido como la idea de registrar todos los eventos físicos según Heisenberg. El diccionario no puede, por más que se lo proponga, dejar de seguir una norma u otra, y lo más que puede lograr es sustituir la norma de Juan Ramón Jiménez, Manuel Azaña y Ramón y Cajal por la norma del Corte Inglés, el periódico *El País* y la publicidad tele-

visiva. Si el diccionario decide renunciar heroicamente a la normatividad es porque sigue pensando que es suya. Es como si yo aceptara magnánimamente divorciarme de Sofía Loren. Porque la normatividad no está casada con el diccionario, sino con la práctica de la lengua, y es precisamente en la medida en que el diccionario refleje, mal que bien, esa práctica, en la que será inevitablemente normativo. Pero sólo en esa medida, si no quiere volver a las andadas, o sea a creer que Sofía Loren es suya porque no se ha divorciado de ella.

Así, las actitudes de los hablantes ante su propia lengua, de por sí bastante confusas, no hacen sino embrollarse más por la existencia del diccionario (y todo esto que digo sobre el diccionario, tal vez no necesito aclarar que se aplica también a la gramática normativa). Recurrir al diccionario, como hace todo el mundo en las discusiones sobre corrección, es teóricamente una manera indirecta y abreviada de recurrir a la norma de la lengua real; pero en la práctica es precisamente renunciar a ese recurso. Un ejemplo: discutiendo alguna vez con un amigo, buen escritor además, sobre aquello del "deber" y "deber de" que mencioné antes, le bastaba la autoridad no ya de la Academia, sino del manual de redacción de *El País*, para descalificar todo mi rastreo del uso real en los escritores reales. Un detalle entre los mil que deberían hacernos reflexionar si de ese principio de autoridad que tanto les afeamos a los antiguos estaremos de veras curados. Pero si es tan difícil escapar del todo del autoritarismo en las cuestiones de corrección, es porque el uso real de la lengua consiste todo él en decisiones pragmáticas. El sistema de la lengua, siempre implícito en el uso y que sólo una operación analítica puede sacar a luz, no puede consistir sino en obligatoriedades, o digamos, para evitar resonancias morales, en reglas automáticas. Eso se ve más claramente aún en las tentativas recientes de explicar como sistema la experiencia entera de la lengua, lo que llamaban teoría del discurso. La única manera de hacerlo era reducir toda elección a un automatismo y toda decisión a una necesidad, y considerar ilusoria la impresión de libre elección del hablante. La más difundida manifestación de la tentación del absoluto toma claramente en nuestra época la forma de una denuncia generalizada de la ilusión de libertad. Pero en nuestra experiencia vivida los individuos reales desconfiamos más bien de la ilusión de necesidad. En su práctica de la lengua, el hablante siente que toda su actividad consiste en decisiones de uso, que expresarse es escoger entre posibilidades siempre

diversas en un conjunto inagotable y abierto, y que significar como hecho real, traer a la existencia una significación, no consiste en aplicar a un enunciado la regla interna del sistema, sino en aplicar a un aspecto del mundo o de la experiencia un enunciado configurado gracias a elecciones entre esas posibilidades. Yo sigo insistiendo, aunque me temo que siguen no entendiéndome, en que eso fue lo que nos enseñó Hjelmslev: que lo que significa no es el código, sino el uso.

La vehemencia de los dogmatismos se explica porque tienen que imponer como necesario lo que no lo es. Un dogma se asienta sobre el estrangulamiento de las otras opciones posibles, pero si nos aparece como un dogma y no como una simple comprobación es porque percibimos que había efectivamente otras posibilidades, que él mismo no es sino una elección, una apreciación valorativa que se niega a aceptar su responsabilidad presentándose como una necesidad sin alternativa. Lo que quiero decir con eso es que el carácter autoritario mismo de las afirmaciones sobre corrección es un síntoma de la responsabilidad que oculta y reprime. Todo el mundo sabe por otra parte que sólo en la lengua como uso, lo que el buen Saussure llamaba la diacronía, puede tener sentido y propiamente existir el cambio lingüístico, o sea su carácter histórico, o sea su carácter real. Sólo una sedimentación de sucesivas elecciones, de sucesivas preferencias normativas, puede acabar por producir un cambio de regla.

Esta descripción se parece peligrosamente a la de la emergencia de las especies en la biología evolucionista. Pero miremos con más cuidado. Es cierto que el salto que transforma una variedad de una especie en una especie autónoma es muy semejante al que transforma una variedad dialectal en una lengua distinta, o una norma insistentemente preferida en una regla obligatoria. Pero si el evolucionismo es una teoría científica es porque se atiene rigurosamente a la necesidad causal, o sea porque la aparición de variantes no puede nunca presentarse en ella como una elección, sino únicamente como efecto del error estadístico. Lo que se presenta como posibilidades no es en realidad sino necesidad, sólo que concebida, como en toda la ciencia moderna, de manera probabilística. La genialidad de Darwin consistió precisamente en comprender que la famosa adaptación al medio tenía que ser, científicamente, ilusoria, y que lo que a Lamarck le parecía una opción del ser vivo se explicaba por la interacción ciegamente causal entre una genética estadística y el medio ambiente.

Pero la lengua no es darwiniana, y hoy en día es importantísimo insistir en ello porque es una de las rendijas por donde los ideólogos de estos tiempos podrían empezar a atisbar que tampoco la historia es darwiniana. Si la lengua es un hecho histórico y no un hecho cósmico es porque en ella la norma precede a la regla, o dicho en lenguaje tremendista, la libertad precede a la necesidad. Aunque en la pura teoría del sistema puro, la famosa arbitrariedad tiene el estatuto de un principio axiomático, o sea absoluto, incluso de un *comienzo* absoluto, en la experiencia de los hablantes no puede entenderse razonablemente sino como un consenso, como una convención humana aunque indeliberada, por lo menos en su mayor parte, y que por eso hace imposible reconstruir el proceso en que se originó.

Lo voy a explicar con alguna minucia pero con toda llaneza porque me parece que es una de las claves de muchos enredos en este asunto y en bastantes otros. Que un mueble de ciertas características se llame *mesa* en lugar de *tavola*, o que el verbo tenga cuatro modos en lugar de seis o siete, son cosas que en la teoría no pueden entenderse sino como arbitrariedades puras, "inmotivadas" en la terminología de Saussure, condiciones axiomáticas, leyes sin sentido. El hecho de que estén obviamente ligadas a la existencia de grupos humanos diversos podría hacer pensar en convenciones particulares en el interior de esos grupos. Pero para afirmar eso habría que mostrar —o para decirlo con mayor rigor lógico, habría que demostrar que es posible mostrar— cuándo y dónde los hablantes del español nos hemos puesto de acuerdo en esa convención. Es claro que eso no es posible: es evidente que a mí nadie me pidió mi consenso para llamar *mesa* al tal mueble o para conjugar el verbo de cuatro maneras diferentes.

Y sin embargo en algún sentido yo he dado mi consenso, bajo la forma de mi aceptación por lo menos tácita de la lengua. Pero, como en la filosofía del derecho, basta ese consenso puramente pasivo, esa convención por omisión y puramente negativa, para que la naturaleza de la lengua sea otra. Lo primero que salta a la vista es que ese consenso no es absoluto e incondicionado. Si hay consenso es porque hay opciones, que es otra manera de volver a decir que para el hablante las reglas no existen sino como opciones de las normas. Sólo un consenso que admite reservas y calificaciones puede hacer comprensible el cambio lingüístico, y no sólo eso sino toda la creatividad de la lengua, empezando por su uso figurado o metafórico, que Saussure llama motivado y Hjelmslev connotativo, y

que puede decirse que es *todo* el uso. Hjelmslev lo dice así: "Todo lenguaje usado es un lenguaje connotativo."

Los lenguajes de puras reglas existen efectivamente: el de las computadoras sin ir más lejos. Sería tal vez una idea bonita, pero sin duda falsa, imaginar que una computadora aplica sus comandos con reservas, que obedece las reglas con alguna reticencia. A los usuarios de las computadoras nos inundan de manuales de uso atiborrados de recomendaciones normativas, bastante más confusas por cierto que las de los profesores de lengua. Pero es evidente que es porque no somos computadoras, sino precisamente usuarios de computadoras. Para Hjelmslev, la idea de que es el sistema el que significa sería tan ingenua (yo añadiría incluso tan ideológica) como la idea de que es la computadora la que piensa.

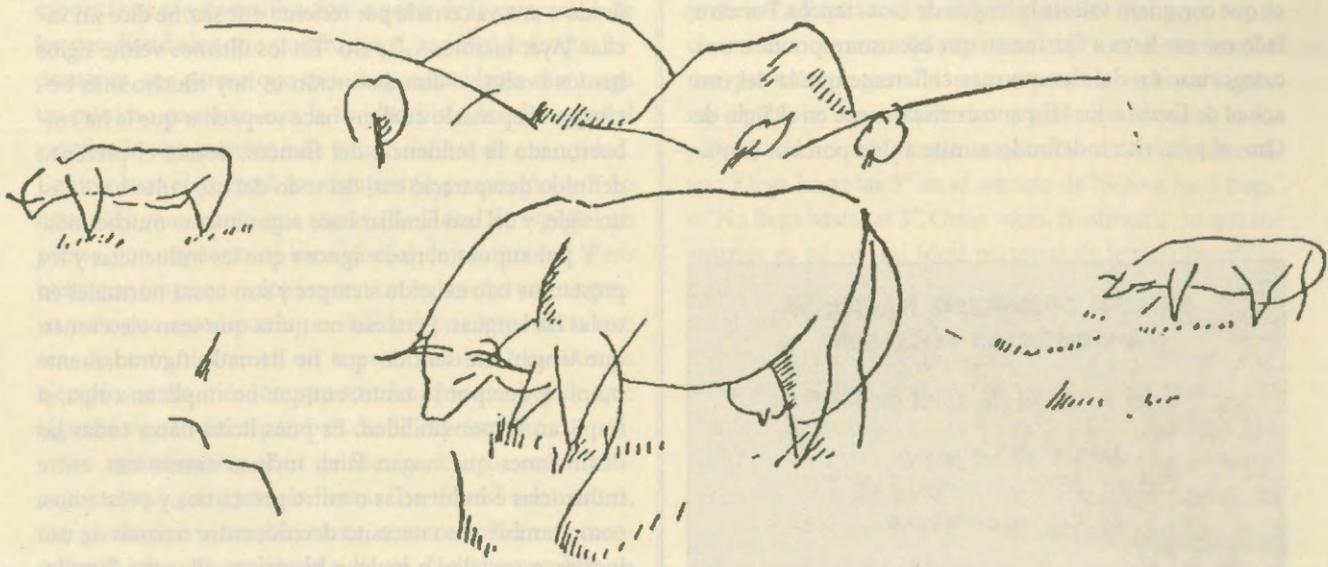
Bueno, tal vez con todo esto el campo queda bastante arado como para poder sembrar en él algunas opiniones y ver si echan raíz. Me atrevo a afirmar que la lingüística propiamente dicha no puede saber si el español de Argentina es la misma lengua que el de México, ni siquiera si la lengua de un pescadero madrileño es la misma que la de un diplomático español o la de Cervantes la misma que la de Gil de Biedma. Me refiero a la lingüística como estudio de la lengua y no del habla, del sistema y no del uso, y no olvido que Saussure anunció que después del estudio de la sincronía vendría el de la diacronía, pero hay que decir que ésta es la hora en que todavía no sabemos qué estatuto puede tener este segundo estudio si no es el de un pálido reflejo del primero. El estudio de la lengua como sistema tiene que decidir antes de empezar qué va a estudiar: es el corte sincrónico de Saussure. Tiene que definir a qué le va a llamar lengua española, y tiene que definirlo axiomáticamente, o sea sin saber. La cosa es simple, pero tremenda: puesto que en el conocimiento verdadero no hay querer, no hay valor, no hay interés, lo que yo quiero que sea la lengua española tiene que ponerse más allá de todo cuestionamiento, no puede aparecer como mi deseo o mi apreciación o mi sentimiento, sino como una convención absoluta, literalmente sin valor, que se acepta o no se acepta, para los efectos, arbitrariamente. Es claro que si nos ponemos en contexto, por algo la aceptamos, pero eso no son razones de la teoría sino del sentido común, de la práctica, de la apreciación valorativa; para los efectos, o sea para la teoría, sólo la gratuidad del axioma garantiza la necesidad formal, haciendo de toda proposición lógica una aserción hipotética: si hay un *x* así o asao, entonces es necesariamente verdadero

que... O también: para todo *x* así o asao es necesariamente verdad que... Para todo español que sea como yo digo, mis reglas son necesarias y verdaderas. ¿Pero es el español como yo digo? ¿Hay un *x* tal? La estructura del conocimiento formal muestra que la posibilidad misma de responder compromete al deseo.

Es obvio que la unidad del español depende enteramente de nuestra voluntad de entendernos, como lo dice y lo muestra Antonio Alatorre en *Los 1,001 años...* Ya dije que la noción de unidad y la de corrección no son la misma pero se traslapan. Decir que "atorrante" o "lentilla" no son palabras correctas es una manera de decir que no son españolas. Pero vimos también que en los polos opuestos de los dos reduccionismos dogmáticos de la lengua: el del puro sistema y el de la pura práctica, la idea de corrección, y con ella la de unidad, carece efectivamente de sentido. Para el sistema, si "atorrante" entra en el corpus definido de antemano, axiomáticamente, como lengua española, es idiota preguntar más. Para el registro neutral de la práctica, basta con que se diga "lentilla" para que la cuestión esté zanjada, pues todo lo que se dice es igualmente válido.

Estas últimas consideraciones son bastante obvias y muy a menudo, aunque no siempre, aceptadas. Pero hay algunos puntos menos obvios en los que quisiera sutillar más. Me parece clarísimo que no es en la exquisitez de los estetas, en la estrechez de lo puristas o en el dogmatismo conservador, sino en la práctica general y espontánea de la lengua donde no todo es igualmente válido. Es claro que no son sobre todo los cultos, sino los hablantes de cualquier nivel, los que juzgan sucias ciertas palabras, elegantes ciertos giros, ridículas ciertas frases, tabús ciertas menciones. Digo que juzgan en el sentido de que toman actitudes y muestran tendencias no necesariamente conscientes y deliberadas, pero que son indudablemente valorativas. Implican por lo tanto una idea de la lengua, incluso un ideal de lengua, del que no sólo podemos no percatarnos, sino que a menudo es incompatible con el que creemos acatar abiertamente, cosa que no sorprenderá a nadie en este freudiano siglo.

Hasta aquí no hago sino desarrollar la idea de un rango normativo en la lengua, pero quisiera añadir algo más. Si, como dije antes, la lengua vivida y real no es separable del todo del mundo vivido y real, estas valoraciones desbordan fácilmente el campo de la lengua pura y se tiñen de valoraciones del mundo contiguo, al que tiñen recíprocamente. Es claro por ejemplo que la moda actual



de decir "una poeta" en lugar de "una poetisa" sólo exteriormente es una norma lingüística. Por dentro es una norma políticamente correcta. A la vez, es un ejemplo ilustrativo de la diferencia entre lo que creemos acatar y lo que efectivamente acatamos. Porque rehuir la palabra "poetisa" equivale a llamar Pepe a nuestra mujer como para decirle: "Eres tan estupenda que es casi como si fueras un hombre." Difícilmente se puede ser más machista. La ilimitada hipocresía de lo políticamente correcto descarría también más o menos inconscientemente a los que dicen "modisto", súbitamente sobresaltados frente a esa respetable profesión por una aprensión que no les aconseja en cambio decir "artista, violinista, comunista", y ni siquiera "machista"; o los que llaman invidentes a los nobles ciegos, gente de color a los hermosos negros, o tercera edad a los dignísimos viejos.

Lo que se concluye de esto es que todo en el uso es elección y toda elección es valorativa, aunque en la mayoría de los casos la elección es tan habitual, indeliberada e inadvertida, que la valoración implicada puede considerarse desatendible. A lo cual habría que añadir esta consideración de grueso sentido común pedagógico: que el regaño y el castigo son la peor manera de intentar suprimir la ignorancia o el descarrío, y que sólo el deseo de corregirse puede dar aquí algún resultado. Si antes llamé a esto una moral de la lengua, es porque se le aplican las

condiciones más generales del orden moral. O bien hay una posible humanización del hombre que es valiosa porque es deseable y no porque sea necesaria, en cuyo caso lo que la moral intenta es en un mismo gesto dilucidarla y realizarla, o bien el hombre no puede ser sino lo que hacen de él las leyes de la naturaleza (que si son evolucionistas son más inexorables aún), en cuyo caso el terreno entero de la moral carece de sentido. Paralelamente, o la lengua es lo que es necesariamente y sólo por obnubilación podríamos querer enriquecer, pulir, flexibilizar o embellecer el español, o bien hay un español deseable que no podemos vislumbrar sin desear su advenimiento ni poner en práctica sin proponer su modelo.

Seguramente muchos de ustedes hubieran preferido que yo hubiera entrado directamente a las comparaciones, preferiblemente pintorescas, o a los experimentados consejos, preferiblemente anecdóticos, en lugar de perder tanto tiempo en justificar la posibilidad de hacerlo. Yo también lo hubiera preferido. Pero me parece que cualquier cosa concreta que pueda uno decir en ese terreno pierde gran parte de su sentido si no está más o menos claro en qué contexto hay que entenderla. Si digo por ejemplo que los pretéritos simples se usan "mejor" en general en Hispanoamérica, y en particular en México, es claro que eso implica una preferencia por cierto tipo de español o de uno de sus aspectos. Por un lado, veo que ese uso es

más cercano al de Cervantes, Garcilaso, fray Luis, y confieso que considero valiosa la lengua de esos clásicos. Por otro lado eso me lleva a fijarme en que ese uso responde a una categorización del tiempo más coherente que la del uso actual de España. En Hispanoamérica, como en el Siglo de Oro, el pretérito indefinido remite a una porción de pa-

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

del 19 al 23 de abril de 1999

Unidad de Congresos del
Centro Médico Nacional Siglo XXI,
Ciudad de México

Áreas temáticas:

Situación y perspectivas conceptuales y metodológicas de las Ciencias Sociales, por disciplina y tema de investigación

Estrategias de desarrollo académico e institucional en las actividades de investigación y docencia

Profesionalización y vinculación con los sectores gubernamental, privado y social

Hacia una agenda de investigación para el nuevo milenio

INSTITUCIONES PARTICIPANTES: Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México; Instituto de Investigaciones Sociales, Instituto de Investigaciones Económicas, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, Programa Universitario de Estudios de Género y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM; División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-A; División de Ciencias y Artes del Diseño, UAM-X; Departamento de Ciencias Sociales y Políticas, Universidad Iberoamericana; Escuela Nacional de Antropología e Historia; División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de Quintana Roo, y El Colegio de Michoacán.

Informes y suscripciones, de 9:30 a 15:00 y 15:30 a 17:30 horas.

Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, A.C.

Tel. 5622 7389, 5622 7390 Fax: 5665 2443

Correo-e: pliegoc@servidor.unam.com



sado, grande o chica, mirada como todavía abierta, y el definido a una ya cerrada por reciente que sea. Se dice sin vacilar "Ayer hicimos...", pero "En los últimos veinte siglos hemos hecho..." Esa distinción es hoy mucho más borrosa en España, lo cual me hace sospechar que la ha emborronado la influencia del francés, donde el pretérito definido desapareció casi del todo del uso culto hace casi un siglo, y del uso familiar hace seguramente mucho más.

Y por supuesto, nadie ignora que las influencias y los préstamos han existido siempre y son cosas normales en todas las lenguas. Pero eso no quita que sean elecciones, que tengan ese sentido que he llamado figuradamente moral, y que por lo tanto, aunque no implican culpa, sí implican responsabilidad. Es pues lícito hacer todas las distinciones que hagan falta, incluso casuísticas, entre influencias e influencias o entre préstamos y préstamos, como también, no necesito decirlo, entre normas de uso locales, o sociales, o incluso históricas. El verbo "implementar", por ejemplo, manifiesta una preferencia tecnologista, culturalmente colonialista, socialmente elitista. Por ahora, se entiende. Puede acabar siendo neutro e inerte, como acabaron siéndolo "jardín" o "adolescente". Mientras tanto, un hablante es libre de usarlo y sería ridículo condenar sin más ese uso, pero tampoco veo por qué le ocultáramos que su interlocutor tal vez lo admirará por ese uso y hasta lo imitará, pero será esa imagen la que admirará en él. He experimentado demasiado en carne propia todo lo que oculta la buena conciencia de la neutralidad y la no intervención para no desconfiar de esos abstencionismos. Si me da tanto repelucos escuchar en la televisión española "Está lloviendo en Galicia y lo hace también en Asturias", o en el aeropuerto de México "Pasajeros viajando a Chicago, favor de...", sé perfectamente que es porque eso hiere mi sentimiento de la lengua española, porque amo y deseo un español donde el verbo hacer tiene su vida y su salud propias y no necesita inyecciones de *to do* para ser moderno y funcional, y donde el gerundio es esa forma verbal tan peculiar nuestra y sin duda difícil de manejar, muy diferente de las del francés o de las lenguas germánicas, y que muestra que los romanizados de Hispania pescaron la riqueza de ese aspecto del latín mejor que los de otras regiones.

Así que termino, ya lo ven, hablando efectivamente de mi sentimiento del español. Si creo, como supongo que han adivinado, en la unidad de nuestra lengua, es porque no sólo me parece deseable y efectivamente la deseo, sino porque siento que los hispanohablantes en conjunto la

desean también. A pesar de la tendencia evidentemente espontánea a la diversificación, a pesar de la valoración de las peculiaridades que puede, ésa sí, ser algo más que espontánea, me parece que todo hispanohablante que tenga un mínimo contacto con la unidad histórica del español percibe de una manera o de otra lo valioso de esa unidad. En un plano elemental, un campesino panameño que no haya oído nunca más que su variedad local de español no piensa por supuesto ni bien ni mal de esa unidad. Pero basta que tenga que vérselas con un español o un uruguayo para que agradezca la posibilidad, por imperfecta que sea, de comunicarse en un terreno común. Mis últimos ejemplos serán anécdotas personales, que es tal vez lo que algunos de ustedes esperaban desde el principio.

En mis primeros años de México, ciertos usos mexicanos, como por ejemplo llamar "os-tiones" a las ostras, me producían inevitablemente, como a todos mis compañeros, una impresión de ridículo. Había aprendido ya desde hacía mucho a poner en su sitio esa inmadura reacción cuando descubrí que ese es el término que usa Góngora en las *Soledades*. La unidad esta vez es histórica, y se ha mostrado mil veces cómo el español de América, siendo en conjunto más arcaizante, es en muchos aspectos más fiel al español clásico que el de España. Claro que puede despreciarse el clasicismo por anticuado e inservible, pero el hecho de que en todas las lenguas, incluso no escritas, existan monumentos lingüísticos clásicos muestra que son los hablantes los que valoran espontáneamente la unidad histórica de la lengua. Mi siguiente ejemplo es diferente. En 1992 tuve de visita en mi casa, en el campo de Murcia, a un campesino veracruzano que pronto trabó amistad con mi vecino huertano. La voluntad de entendimiento entre un hispanohablante jarocho y otro panocho era verdaderamente emocionante y compensaba para mí el vacío boato oficial del encuentro o encontrón del Quinto Centenario. Ninguno de los dos había leído jamás un clásico, por supuesto, pero jamás habrían dudado de que los dos hablaban español.

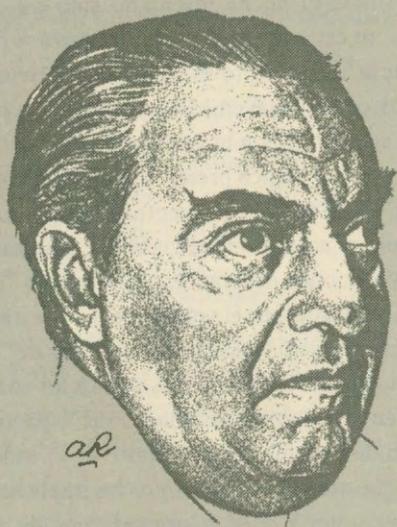
Podría terminar mostrándome ante ustedes como ese espécimen que dije al principio. Habrán notado que mi fonética es bastante peninsular, pero no del todo: nunca me sale decir *cantaq*, o *reflesionar*, o *Alántico*, o *marcharos*. Mi entonación, creo, es un poco más híbrida. Pero mi sintaxis en la lengua hablada es bastante mexicana, y algo también en la lengua escrita, aunque claro que dentro de la norma culta: no puedo dejar de sentir la precisión en el uso hispanoamericano de los pronombres acusativos y

dativos, de modo que nunca he dicho ni escrito "la dije" y prefiero "a Pepe lo vi" y no "a Pepe le vi". Tampoco he dicho ni escrito nunca "el otro área", ni "una de las canciones que más me gusta". Otras veces se me impone la norma española: no me sale decir, como en México, "A los niños yo se los dije" o usar *hasta* como un simple intensivo: "Llega hasta las 3" en el sentido de "Sólo a las 3 llega" o "No llega hasta las 3". Otras veces, finalmente, lo que me empuja es tal vez mi ideal personal de lengua española, que por supuesto no he inventado sino que me lo ha inculcado mi experiencia de los monumentos hablados y escritos de la lengua. Aprovecho la riqueza en varios niveles sintácticos, inusual en México, de "tan... como..." y "tanto... cuanto...", y a la vez la precisión del "qué tanto..." del español clásico preservado en México; sólo digo "en tanto" en el sentido de "mientras" y nunca en el de "en cuanto que" o "en cuanto", obviamente difundido por las malas traducciones del francés, ni tampoco "no me iré hasta que no llegues" en el sentido de "no me iré hasta que llegues", ni "problemas a resolver" en lugar de "por resolver". En cuanto al vocabulario, uso todos los vocablos que conozco en las diversas variedades del español, aunque considerando por supuesto el límite de lo indescifrable, salvo los que me dan repelucos por las implicaciones que ejemplifiqué antes. Y quedan los modismos, dichos y locuciones, que naturalmente pesco en cualquier país donde los encuentre y atesoro como fuente de mucho regocijo.

Espero que se entienda que no estoy proponiéndome como modelo, sino como ejemplo. Soy uno de los casos, un poco curioso, lo confieso, donde se produce más o menos accidentalmente la unidad del español. En ese ejemplo, como en todos, creo, se ve que el accidente es inevitablemente una elección, que yo no puedo ni siquiera percibir una norma lingüística salvo valorándola positiva o negativamente ni adoptar un uso sin hacerlo norma y proponerlo así al conjunto de los hablantes. Lo que quiero decir en definitiva es que es la lengua misma la que nos propone su ideal, y en él su propia unidad. En este sentido, todo hablante es un barómetro de la lengua, y no sólo, aunque muy visiblemente, un poeta como López Velarde, que lo dice en estos versos con los que terminaré de la más deliciosa manera:

Mi virtud de sentir se acoge a la divisa
del barómetro lúbrico, que en su enagua violeta
los volubles matices de los climas sujeta
con una probidad instantánea y precisa. ◀

La vida a salvo pero el alma en ruinas



Entre los grandes textos líricos-épicos que la guerra civil española dejó a la literatura y a la memoria, uno de los más intensos es *Primavera en Eaton Hastings*, escrito por el poeta en los meses de abril y mayo de 1939, “a raíz de la pérdida de España”, en su breve exilio inglés, antes de embarcarse en el Sinaia, camino a México. Dos años después –según el colofón, “se acabó de imprimir el día 30 de abril de 1941”–, se publicó en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica, bajo el cuidado de Francisco Giner de los Ríos y el propio Garfias. Sin haber tenido el éxito y la difusión de España, *Aparta de mí este cáliz* –de Neruda– y *España en el corazón* –de Vallejo–, tal vez cala más hondo el drama que representó dicha guerra. Y lo hace porque no responde ya a una necesidad de militancia o de compartir con otros una idea, un sentimiento o una posición. Es un texto con algo de oratorio pero extremadamente perso-

nal. Es el texto de un derrotado, en el sentido más real y realista de la palabra, un estallido de llanto que no puede –ni pide– ser consolado.

Garfias, nacido en 1901, viene a México con el exilio español; aquí publica por primera vez *Primavera en Eaton Hastings*, y vivirá el resto de su vida –treinta y ocho años–, hasta su muerte en 1967, el mismo año en que también muere León Felipe. Vivió un largo proceso de arraigo que nunca se cumplió; no pudo echar raíces en el país que le ofreció patria, y –poeta trashumante– peregrinó por la provincia y sus universidades dando lectura a sus textos, improvisando y haciendo alarde de memoria –su paso deja huella en San Luis y en Guadalajara, en Guanajuato y en Monterrey–, publica varios libros notables –*Poesías de la guerra española*, *De soledad y otros pesares* y *Río de aguas amargas*– y pierde –según parece– muchos otros textos. Su arraigo definitivo fue a una patria tan volátil como la poesía: el alcohol.

Ya sea por las relaciones personales de amistad (o ausencia de ella), de estética o de militancia política (Garfias fue comunista y cantó las glorias de Stalin), de problemas de carácter o de franca incompreensión de la crítica, nunca se le ha considerado parte de la Generación del 27, con la que le corresponde estar no sólo en términos cronológicos, y su obra ha sido poco atendida. Una *Antología poética* preparada y prologada por Juan Rejano (gran amigo suyo) y publicada poco después de su fallecimiento, ha tenido varias reediciones. Amigos o instituciones dan a la imprenta, de vez en cuando y con no muy buenos resultados (como muestra el volumen *Pedro Garfias, poeta*, por parte del Ayuntamiento de Guadalajara), recopilaciones de sus poemas. En 1989, en España, se publica su *Poesía completa*, el trabajo hasta ahora más serio de su bibliografía. Pero sigue siendo un poeta secreto y desconocido, aunque siempre con un matiz paradójico: un secreto a voces y un desconocido que agota rápidamente las ediciones, venales o no, de su obra.

De *Primavera en Eaton Hastings* ha dicho Arturo Souto al prologar una segunda edición de la *Antología poética*: “... la vida a salvo, pero el alma en ruinas, la única forma de expresión que encuentra Garfias es el soliloquio dramático, la dialéctica de todas las emociones y las ideas que en ese momento en él se contraponen”. Y ese momento cumple en 1999 sesenta años y sigue presente. Publicar de nuevo este poema es poner al alcance del lector un texto difícil de encontrar y un homenaje a la República y al exilio español. JME ☾

PEDRO GARFIAS

Primavera en Eaton Hastings

Poema bucólico con intermedios de llanto

M e pesaban los pupados con dulce pesadumbre.
Un mundo de imágenes con tonos de sueño
alifato a mi conciencia... Acaso era día clau-

Y esa mi conciencia se paraban a ver a voz sea si era
como un nido de sonajas un gorgorito en el viento
se desmenuza de un golpe un

Hoy que
siendo vuestra
y se busca
Ni el vuelo
Si me quedo
vendrían
y aún
del color
luchan cual
trata furiosa

II
Dentro del pecho
la clara soledad
lenta y segura...
y perdurar
y puedo ver
se agolpan
noches
Un rayo
tepa y nubla

Tu que todo lo hiciste
-los pasos
en libertad
Pero yo
Sólo quiero
de intimidad
de grises
el bosque
Mito en el
Aquellos
Mimosa
Mimosa
Mimosa

III
Pasar contigo
tanto azul
débiles
el doble
Pasas contigo
a través de un silencio
la frente levanta
orgulloso del

I
PORQUE te siento lejos y tu ausencia
habita mis desiertas soledades
qué profunda esta tarde derramada
sobre los verdes campos inmortales.
Ya el Invierno dejó su piel antigua
en las ramas recientes de los árboles
y avanza a saltos cortos por el prado
la Primavera de delgado tallo.
Por el silencio de pendiente lenta
rueda la brisa en tático oleaje
y apunta la violeta su murmullo
al pie del roble y de la encina grave.

En las aguas inmóviles del lago
anclan nubes y luces vesperales
y tiende el bosque sus flexibles redes
al vuelo prodigioso de tu imagen.
El sol azul con cuidadosas manos
rayos y brumas teje en noble arte
hasta dejar de tu color, amada,
la piel inmaculada de la tarde.
Te miro recostada sobre el césped
agua verde y verdor claro tu carne
tu rumoroso pelo embravecido
y el bosque de tu risa palpitante.

Alrededor de tus tobillos breves
ciñe la luz minúsculos collares
y abrazan a tus brazos poderosos
los tallos y las ramas verdeantes.

Pulsan las finas cuerdas del silencio
tus voces y los pájaros locuaces;
el cielo en plenitud abre sus venas
de calurosa y colorada sangre

¡y alza mi corazón su pesadumbre
como un nido de sombras un gigante!

II

DENTRO del pecho oscuro
la clara soledad me va creciendo
lenta y segura... Hay luz en mis entrañas
y puedo ver mi sangre ir y venir
y puedo ver mi corazón... Afuera
se agolpan deshojadas y sonámbulas
noches enracimadas.
Un atropello de silencios turbios
repta y ondula...

Señor que hiciste el verso y la amapola
haz las paredes de mi pecho fuertes,
duras como el cristal de esta ventana.

III

PASEAR contigo en soledad perfecta
fondo azul de colinas y a los lados
árboles comprensivos vigilantes
el doble paso caricioso y lento.

Pasear contigo en soledad callada
al través de un silencio transparente
la frente levantada al sol que sube
orgullosa del brío de su vuelo.

Pasear contigo por la superficie
de redondez suave de la tierra
con lentitud perseverante y noble...
contigo y tu recuerdo y tu esperanza.

IV

ME pesaban los párpados con dulce pesadumbre.
Un tumulto de imágenes con retazos de sueños
afloró a mi conciencia... Acaso era día claro:
pero un postrer plumón de sombras me envolvía.

Palpitaba a mi oído el corazón del mundo.
En la pequeña noche de mis ojos cerrados
había estrellas pálidas y una luna redonda;
sombras de azules velos lentas la recorrían.

Un murmullo de aguas y un murmullo de pinos
se entrelazaban dóciles como dos ramas nuevas;
una delgada brisa pasaba entre los dos
y empapaba sus labios en melliza ternura.

Yo te veía cerca, dibujada en el aire,
del color de la noche, como ella sin relieve.
Mis brazos te buscaban cual ríos disparados...
Detrás de los cristales burbujeaba el día.

V

YO te puedo poblar, soledad mía,
igual que puedo hacer rocas y árboles
de estas oscuras gentes que me cercan
¿Cómo, si no, llevar sobre los hombros
la ausencia? El ágil viento me conoce
y ayuda en mi trabajo: cada día
cuelgo del monte nuestro cielo limpio,
planto en el lago nuestra rubia era
y el ancho río de corriente pródiga
vacío lentamente...

Allí donde los pinos y los álamos,
donde la encina sólida y el roble
el claro olivo de verdor de plata.

Y sobre el culto césped
el triunfo de la espiga.
El sol muy en lo alto, fatigando
el aire con sus alas,
en el cenit su vuelo detenido.

Cómo su gracia y limpidez los ojos
me abrasan con su luz... No lo soñara
la torpe mano que me arrebatara
mi blanca Andalucía.

VI

HOY que llevo mis campos en mis ojos
y me basta mirar para verlos crecer
siento vuestra llamada, prados de verde edad,
oigo vuestra palabra, árboles de cien años,
y os busco inútilmente a través de la tarde.
Ni el vuelo de los trinos ni el canto de las ramas
han de romper el duro silencio de mi boca.
Si me quedase inmóvil, como esta buena encina,
vendrían vuestros pájaros a anidar en mi frente,
vendrían vuestras aguas a morder mis raíces
y aún seguiría viendo con su blancura intacta
quién sabe si dormida, la España que he dejado.

VII

TÚ que todo lo hiciste
—los pasos y el sendero— me has dejado
en libertad de andar a mi albedrío.
Pero yo doy al viento mis velas indefensas...
Sólo quiero mirar, mirar el agua
de intimidad azul, mirar el cielo
de grises bloqueados, y a la orilla,
el bosque de frescura inmarchitable.
Mis ojos son mi vida.
Aquello que mis ojos reflejaron
vuelve a su ser de nuevo verdecido.
Mirando voy creando
naturaleza pura, luz exacta,
el mundo que Tú hiciste.

INTERMEDIO

Llanto sobre una isla

AHORA

ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado
la cabeza en la bruma y los pies en el agua
y el cigarrillo apagado entre los dedos...

Ahora

ahora sí que voy a vaciaros ojos míos, corazón mío,
abrir vuestras espitas lentas y vaciaros
sin peligro de inundaciones.

Ahora voy a llorar por vosotros los secos
los que exprimís vuestra congoja como una virgen sus
pechos

y vosotros los extintos

que ya exhaláis vapor de hieles.

Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber por
qué

cuyos porqués resuenan todavía

en la tirante bóveda imposable...

Y también por vosotras, lívidas, turbias, desinfladas
madres,

vientres de larga voz que araña los caminos.

Un llanto espeso por los pueblecitos

que ayer triscaban a un sol cándido y jovial

y hoy mugen a las sombras tras las empalizadas.

Y por las multitudes

que pasan sus vigiliass escarbando la tierra...

Un llanto viudo por los transeúntes

tan serios en el ataud de su levita.

Ahora

ahora puedo llorar mis llantos olvidados

mis llantos retenidos en su fuente

como pájaros presos en la liga.

Los llantos subterráneos

los que minan el mundo y lo socavan

los que buscan la flor de la corteza

y el cauce de la luz, los llantos mínimos

y los llantos caudales acudan a mis ojos
y fluyan en corrientes sosegadas
a incorporarse al llanto universal.

Sobre esta roca verdinegra
agua y agua a mi alrededor
ahora sí que voy a llorar a gusto.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

(Continuación)

VIII

DE nuevo estoy en pie frente a mi mundo
el mundo que creé para mis sueños
con sus árboles altos florecidos
sus campos fatigados de verdores
y el cielo trasparente sobre el campo
con sol por todas partes: en el agua
que acelera su paso bullicioso
en la brisa transida de pinares
en la cima veloz de la montaña.
Se me adelgaza el tacto de los dedos
se hace mi planta elástica y flexible
puedo flotar, saltar desde un barrote
al otro de mi jaula
cantar balanceándome en el viento
alisar la montaña con mis manos
y detener el vuelo de los ríos.
Remonto la corriente
sorteo los escollos familiares
y anclo en la media noche:
cojo la luna blanca
y la traigo a mi recto mediodía
que la pinta de azul desvanecido.
Lanzo al espacio el lago soñoliento
con alboroto de las nubes quietas
y pasmo de los juncos fugitivos.
Cuelgo a las horas briznas de colores
para poder seguir con la mirada
su marcha presurosa por los aires...

La tierra, el mar y el cielo, mis amigos,
sonríen de mis juegos infantiles.

IX

Cada arbusto florido
ronda el viento enamorado:
le besa sobre las sienes
le lleva temblor de pájaros
le cuenta bellas historias
de vuelos imaginarios
hasta que el arbusto crece
a la altura de su llanto...

El viento tiene palabras
que no las comprende el árbol.

X

CON la frente a la altura de los robles
con las manos desnudas y el corazón ligero
vengo de andar el bosque en primavera.
El verdor de los campos florece en mis pupilas
y el trino de los pájaros atraviesa mis sienes.
Traigo aromas de pinos y hojas frescas
de álamos en los hombros.
Mi vieja pesadumbre se ha fundido en el agua
y canta río abajo entre las dos orillas...
La violeta de ayer
ha salido al camino para verme pasar.

Vengo de andar el bosque en primavera.

XI

EL sol, el sol de fuego que quema las entrañas
ha descendido en líquidas venas incandescentes.
Arde el bosque profundo y arde el lago tranquilo
y arde mi corazón gloriosamente.

Siento cómo devora mis carnes miserables
hay dos llamas azules en mis cuencas vacías
chisporrotea el canto de las hojas inútiles
y lame mis costados como una lengua viva.

Se limpia mi osamenta y se desnuda.
Ya soy sólo materia, cal y fósforo...
Como la piedra inmóvil, gozo el sol que me funde
sin saber que lo gozo.

XII

Si me pusiese en pie, con todo mi dolor,
por cima de estas frescas lomas primaverales
que surcan en arroyos las aguas y los pinos
podría hablar contigo, Destino que me acechas.
Te presiento en lo hondo de este largo camino
que junta sus orillas allí donde mis ojos
no llegan con su vuelo: te adivino paciente
como el suelo que piso. No me engaña esta flor
de la voz diminuta ni me enreda en sus giros
este pájaro hueco. A través de la tarde
voy a tí todo recto como el día a la noche.

XIII

La tierra dando vueltas va alejándose
con la soga del Tiempo a la cintura.
Fuera del tiempo y el espacio estoy
con mi vida enlazada por sus puntas.

Las noches se prolongan en oscuras
estancias sin descanso
mientras pastan los días
yerba dorada al rubio sol del prado.

Yo recorro mi vida como un perro
andando y desandando mi camino.

Me es grato olfatear el aire nuevo
allí donde aún respira el aire antiguo;
a derecha y a izquierda
desprezar los ojos
y luego descansar, sobre la cumbre,
diciendo: esto fue todo.

XIV

Vienen del cielo a mis ojos,
van de mis ojos al cielo
azules, blancas, doradas...
del color de mi deseo.
Se encuentran en el camino
y hacen su ronda de juegos;
se persiguen y se esconden...
¿dónde Sirio? ¿dónde Venus?

La noche gira suave
como una veleta al viento.
El silencio tiene un nombre:
Tu silencio.

INTERMEDIO

Noche con estrellas

Aunque te rompas, frágil bóveda, en mil pedazos,
esta noche estrellada
yo tengo que gritar en este bosque inglés
de robles pensativos y altos pinos sonoros.
He de arrancar los árboles a puñados convulsos
he de batir el cielo con mis manos cerradas
y he de llorar a voces este dolor mordido
que brota a borbotones de mi raíz más honda.

Solo en medio de un pueblo que forja su destino
y rueda sus azares con temple calculado

que trabaja y que juega y el domingo descansa
que traza sus caminos como quien peina un niño
que devora las negras entrañas de su suelo
con una verde lengua de parques y jardines
solo en medio de un pueblo que duerme en esta noche
yo he de gritar mi llanto.

Aunque el silencio cruja y se despierte el cisne
—que es propiedad del Rey— y quiebre aleteando
las aguas impasibles; aunque las aguas corran
a golpear la orilla con sus tiernos nudillos
y el rumor se propague por el bosque curioso
y llegue a despertar la brisa, que dormía
tras la colina curva; aunque la brisa vuele
a sacudir los prados y pulsar las ventanas
aunque el temblor sonoro se extienda a las estrellas
y perturbe un momento su formación tranquila
mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando
mi llanto de becerro que ha perdido a su madre.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS (Continuación)

XV

ANDAR es lo ordenado.
Seguir nuestro camino
llevando a los costados
el césped satisfecho
y el alto pino, demasiado alto.
Así nuestra palabra
va bien con nuestro paso solitario.

Tú sigue tu camino.
Yo quiero recostarme sobre el árbol
y ver pasar la tarde... Tanto tiempo
que mis ojos inmóviles
olvidaron su oficio
no han de negar su condición de espejos:
deja correr el río
deja volar la nube
por mis ojos abiertos y tranquilos.

XVI

PARA tener una gran voz que te contara
—allí donde tú estés— mi sueño de esta hora...
Si se lo digo al árbol
¿quién llevará el mensaje a través de las aguas?
Si se lo digo al viento
¿quién guiará sus potros a través del espacio?
Te lo diré al oído, sombra que me acompañas.

XVII

HOY quiero hacer un verso que lleve un vuelo curvo,
que camine conmigo y dé la vuelta al lago:
así veré tu techo perenne de verdores,
bosque primaveral, y soñará mi frente
una evasión posible por un cielo de hojas:
así veré mi imagen mecida por tus aguas
que fingirán la cuna que han hecho azul los años:
enredaré mis ojos en tus violetas breves,
saludaré de paso al roble enternecido
que ayer cruzó su rama con mi mirada amiga
y al sapo que me huye con infantil torpeza;
el aire que me lleva con alas juveniles
me traerá despacio como un aroma lento:
y volveré a sentarme sobre esta misma piedra
y como el agua inmóvil seguiré hablando solo,
conmigo y con el cielo...

XVIII

OH, fuego, hermano fuego:
mirar, sólo mirar tu llama pura
fiera y perpetuamente renovada
dá vigor a mis alas y a mis voces.
El dócil leño que te entrego ahora
sabe más de soberbias resignadas
que el corazón pequeño de los hombres.
Ayer el sol de acero le bruñía
y le mecía el viento enamorado:
ayer las hojas verdes le brotaban

cual un sudor de cándido rocío
 y le lamía la inocente lluvia
 como una res tranquila:
 era su pompa orgullo de los prados
 y norte de los juncos su estatura:
 su pedestal buscaban los arroyos
 como las flores tímidas su sombra:
 hoy es él mismo flor y sol y lluvia.
 Mirándote tenaz, paciente y terco,
 con tu rosada lengua infatigable
 devorando a los troncos y a las horas
 hasta lograr, pavo real del viento,
 la plenitud de tu cenit glorioso
 fluye sereno el pulso
 y la labor diaria se remansa
 consciente del camino y de la meta.
 ¿Qué me dice tu luz, que no es luz sólo,
 sino calor cordial, lumbre de aurora?
 Mi soledad se funde en tu regazo
 y alrededor de mi cintura siento
 mil brazos que florecen.
 Fuera el duro granizo
 apalea los campos.
 En el hogar tu llama
 igual que un corazón, palpita y canta.

XIX

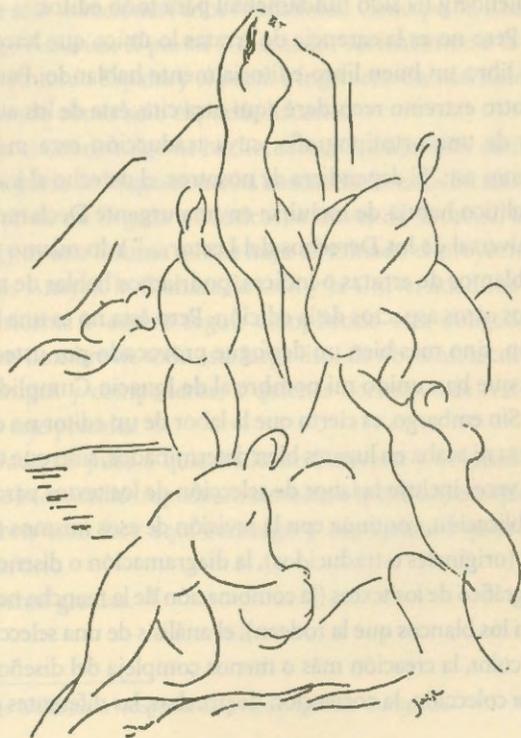
Hoy el sol puntual faltó a la cita.
 Mis ojos le han buscado en vuelo lento
 por todo el horizonte.
 Y el cielo reducido palidece en la espera.
 Sobre los verdes campos
 la lluvia se destrenza perezosa.
 Su desnudez es casta como un mármol.

XX

El verso humano pesa.
 Yo lo cojo en mis manos
 y siento que me dobla las muñecas.
 Mi trapiés juega mal con el camino
 y mi dolor contigo, oh blanca primavera.

A veces de lo hondo del silencio
 que bordean las flores y la brisa
 acude el largo grito a mi garganta.
 La primavera rápida se esquivo,
 se rompe en mil pedazos
 el aire de veloz cristalería
 y cubre el sol sus desnudados miembros
 como una virgen tímida.
 Yo quedo sobre un monte de tinieblas
 aullando al horizonte de mi vida.

Desde esta primavera luminosa
 ¿por qué no recordaros,
 vosotros que conmigo compartistéis
 la lluvia y el espanto?
 De vuestra sencillez sabe este agua,
 de vuestra dignidad sabe este árbol.
 Acaso vuestros rostros en borrasca
 rimaran mal con este culto prado:
 pero también su cultivado césped
 lo ha sido por las manos.
 Hombres de España muerta, hombres muertos de
 España,
 ¡venid a hacerles coros a estos pájaros!



Autorretrato con libros

Johann Froben nos da de inicio una frase lapidaria: "El comprador de un libro lleno de errores, realmente no adquiere un libro sino una plaga."

Esta cita del impresor suizo, primero en publicar nada menos que el Nuevo Testamento en griego (1516), nos remite a un oficio que es hijo tanto del estudio académico, pues la filología está en la base de todas las publicaciones a partir de las primeras ediciones comandadas por los bibliotecarios de Alejandría, como de la aplicación de la técnica, ya que el conocimiento de los instrumentos de la composición y de la impresión a partir del tipo móvil de Gutenberg ha sido fundamental para todo editor.

Pero no es la carencia de erratas lo único que hace de un libro un buen libro editorialmente hablando. Para ir al otro extremo recordaré aquí otra cita, ésta de los autores de una ortotipografía, cuya traducción reza más o menos así: "Si dependiera de nosotros, el derecho al índice analítico habría de incluirse en una urgente Declaración Universal de los Derechos del Lector..." Y lo mismo que hablamos de erratas o índices, podríamos hablar de muchos otros aspectos de la edición. Pero ésta no es una lección, sino más bien un desfogue provocado por ustedes, los que han unido mi nombre al de Ignacio Cumplido.

Sin embargo, es cierto que la labor de un editor no empieza ni acaba en lugares bien determinados, sino que tantas veces incluye la labor de selección de los textos para su publicación, continúa con la revisión de esos mismos textos (originales o traducidos), la diagramación o diseño tipográfico de los textos (la combinación de la mancha negra con los blancos que la rodean), el análisis de una selección de color, la creación más o menos compleja del diseño de una colección, la corrección de pruebas, las diferentes po-

sibilidades de la tipografía según se trate de un libro de economía o de un libro de poesía, para citar dos ejemplos dispares..., todo entra en ese mundo donde lo principal remite a lo secundario y el todo a las partes, con el fin de dar a luz un producto limpio, uniforme, cuidado de principio a fin, en el que intervienen revisores, correctores, diagramadores, dibujantes, sin olvidar a los talleres de composición, fotomecánica, impresión y encuadernación.

Todo esto llena una historia de vida que empieza a muy temprana edad, cuando ayudaba a mi padre en la corrección de pruebas para Biografías Gandesa (Grijalbo), lo que me dio la oportunidad de conocer a don Ramón Lamonedá, a quien, junto con mi padre, considero como mis primeros maestros en estas tareas, y llega hasta este momento de tanta significación en el que se vincula mi nombre al del gran impresor de *El Siglo XIX*, el periódico más importante de nuestro siglo XIX, Ignacio Cumplido.

Dos citas debo hacer para situarnos ante quien realizó la mejor edición de *El Periquillo Sarniento*. Una, de Genaro Estrada, nos dice qué clase de impresor fue: "El taller del famoso impresor mexicano don Ignacio Cumplido tenía, en el momento de su apogeo, en 1836, cuarenta y cinco fuentes de tipos, cuarenta y ocho variedades de abrazaderas, rayas y bigotes, veinticuatro estilos de orlas, tres juegos de signos astronómicos y ciento cuarenta y cuatro grabados." Y Enrique Fernández Ledesma nos habla de su labor editorial: "Cumplido, tan cumplido, tan pulido, tan exigente, tan *mise au point* en todos sus menesteres; tan batallador y tan ambicioso de pulcritud y de belleza, no podía soportar, en sus trabajos, lo improvisado y contingente, lo *trocho*, en fin, para usar un vocablo típico de la época."

Tal adjetivación sólo de refilón podría corresponderme, y para ello a la sombra de Ignacio Cumplido me cobijo.

Sin embargo, algo debo decir de mí, por lo menos para que el público presente no piense que los miembros del jurado que me eligió para este premio lo hicieron por amistad y que, en cambio, sin falsas modestias, se les dé cierta beligerancia en su capacidad de elección.

Y aquí debo empezar por mi padre, como impresor, como corrector, como hombre de la producción librera, incluso como historiador.

Mi primer alimento fueron sus dos bibliotecas: la que tuvo que dejar en España en su huida a Francia primero y a México después, y que por un real milagro se salvó de la quema, y la que formó en México a base de un gran esfuerzo y que contenía una sección dedicada a la imprenta.

Después, como corrector de pruebas, recorrí diversas editoriales e imprentas, donde tuve la oportunidad de conocer y reconocer como maestros míos a toda una pléyade de linotipistas (¡aquellos linotipistas!) y hacer mis pininos tanto en la acrisolada linotipia como en las cajas. Desde aquel asombroso analfabeta —literalmente— que se apellidaba Gómez y que trabajaba en Editorial Fournier por los años cincuenta, hasta Rodolfo, el estudiante de medicina de Impresora Galve, noctámbulo y adorador de Debussy, que me enseñó los primeros trucos de la máquina de componer que todos añoramos.

Después de un fracasado intento de estudiar arquitectura, en 1959, mi ingreso al Fondo de Cultura Económica, donde conocí e hice amistad con gente como Arnaldo Orfila Reynal, Joaquín Díez-Canedo, Manuel Andújar, Alí Chumacero, Fulvio Zama, y un clásico de la tipografía, holandés por más señas, que se llamó Alexander Stols, que la Unesco envió a México para que nos enseñara qué era eso de la tipografía y a quien debemos varios volúmenes de historia de la imprenta en México y en otros países de América (sobre todo los tomos publicados por la UNAM sobre Antonio de Espinosa y Pedro Ocharte, impresores que siguieron en su tarea a Juan Pablos).

El Fondo de Cultura Económica me brindó la posibilidad de incursionar en todos los avatares de la producción del libro, gracias a cómo estaba organizado su Departamento Técnico y al personal que lo conformaba (Elsa Cecilia Frost, Lauro Zavala, Juan Almela, Jasmin Reuter, José C. Vázquez y tantos más). Revisión de originales y traducciones, corrección de pruebas, cuidado tipográfico, diagramación. No fue otra mi universidad de aquellos años. Y toda la gente maravillosa que trabajaba en los talleres que daban ser-

vicio a esa empresa fundamental para la formación de tantos jóvenes de nuestro mundo de habla española (a pesar de muchos de sus gobiernos) y que aportaron tanto a la mía: Martínez y Cruzado, con el viejo Eduardo Martínez a la cabeza, la Imprenta Nuevo Mundo, con Harry Block, Muñoz Galache, Gráfica Panamericana, con Vicente Polo gobernándola, Pepe Sánchez en las cajas y Garcés y Mytton en los linotipos, los Bolea, el añorado Manuel Casas, los Villicaña, Tarsicio y Gilberto, don Francisco Suan y Jorge Flores... Grabadores, negativeros, impresores, encuadernadores...

Y algo dicen de mí también los colofones de muchos libros del Fondo de Cultura Económica, de Siglo XXI, de Marcha Editores (y aquí un recuerdo para otro gran latinoamericano, éste uruguayo, don Carlos Quijano), de la Universidad Nacional Autónoma de México (con otro recuerdo, ahora para Efrén del Pozo), del IMSS, algunos de ellos no sólo revisados en cuanto a la pulcritud de los textos, sino también de tipografía propia.

Y mis incursiones por la ciencia, a través del programa universitario de educación continua (pues siempre me han gustado las matemáticas) y de aquella desgraciada empresa que dependió del Fondo de Cultura Económica y dirigía el incansable divulgador de la ciencia llamado Luis Estrada.

Siglo XXI fue mi segunda patria editorial, con Orfila a la cabeza y con manos y pies que han sido inolvidables, de los que sólo mencionaré a los fundadores: Concepción Zea, Rodrigo Asturias, el pintor y diseñador recientemente fallecido Antonio España y el poeta e ingeniero Gabriel Zaid asesorando como sólo él puede hacerlo.

Y, en el interin, algo he hecho, creo, para transmitir aunque sea parte de lo que se me ha enseñado en estos 50 años (a partir de mi llegada a México), a través de la UNAM, la UDEG (y es una lástima que se haya terminado el proyecto de Jesús Anaya), la Cámara, la UAM y la Universidad Iberoamericana. Y espero seguir cumpliendo esta obligada tarea en nombre de toda esta larga lista de obreros, técnicos, amigos y compañeros, a quienes corresponde realmente este premio.

Agradezco pues a quienes lo instituyeron y al jurado que me lo concedió. Agradezco también a todos ustedes que quisieron estar hoy aquí conmigo y con quienes quiero compartirlo.

Muchas gracias. ☾

Palabras leídas en la recepción del Premio Ignacio Cumplido.

MEMORANDUM PARA EL SR. D. JOSE MORENO VILLA

Exp: Moreno Villa

Labores inmediatas convenidas:

Despejar los archivos fotográficos de Bienes Nacionales (Hacienda) y de la Dirección de Monumentos Artísticos (Educación Pública) para ver lo que se puede adquirir y saber lo que hay que mandar hacer.

AR

Alfonso Reyes.

México, D.F. a 4 de enero de 1941.

México, 31 de Enero de 1941

Exp: J. Moreno Villa

Sr. D. Alfonso Reyes,
Presidente del Colegio de México.
Presente.

Mi querido Presidente y amigo: En cumplimiento de la nota que me remitió Ud., me puse a la tarea de revisar los álbumes de "Monumentos Nacionales" y apuntar lo que de ellos pudiera servir para nuestro Fichero fotográfico de escultura. Le adjunto la nota de las firmas de todas las pertenecientes al Estado de México, para que el pedido se haga oficialmente por El Colegio, naturalmente que comprometiéndose a pagar el papel de las copias.

He tenido también ocasión de conocer al fotógrafo Sr. Marquez, (primer premio internacional de este año en Nueva York) empleado de Bellas Artes, que tiene muchas y muy buenas fotos de esculturas, y le he pedido me diga en cuanto saldría cada copia.

Aparte de esto he recalado unos días en el Archivo Histórico de la Nación, pero, como me dijo Toussaint, aquello es para dedicarle la vida entera. No obstante pienso ir de vez en cuando, a ver si la fortuna me ayuda.

Le saluda con todo afecto su antiguo amigo

J. Moreno Villa
J. Moreno Villa.

mento alado que escribió textos que aún hoy nos siguen sorprendiendo.

En especial, y es inevitable caer en el lugar común de señalarlo como su obra maestra, "Jacinta la pelirroja", cuyo subtítulo fue "Poema en poemas y dibujos". Para él la poesía tenía algo de dibujo —como después para Alberti—, de trazo indeciso entre el alfabeto y el escorzo, de vibratoria radiografía del alma que, como sabe todo el mundo, está hecha de huecos.

Los avatares vitales: la pérdida de un amor, la muerte de alguien muy cercano, la melancólica amistad de la Residencia de Estudiantes, la guerra civil, el exilio y la recuperada —pero de otra manera, inevitablemente— vida cotidiana entre sus pares en México y La Casa de España (que después se transformó en El Colegio de México) que lo acogió. Todo eso le dio a su gracia un timbre triste, no desgarrado como en otros poetas que también se exiliaron en México, como Luis Cernuda o Pedro Garfías.

Producto de ese enfrentamiento sincero y sin estridencias fue la autobiografía, de luminosa claridad y sin el menor resentimiento ante la historia. Desde ese libro podemos comprender los "Poemas en vuelo a su cuna", composiciones que buscaban conservar sus raíces espirituales, con la conciencia de que un hombre con patines (parafraseando a Octavio Paz) sólo tenía raíces en su danza.

La edición incluye, además de los poemas completos, los escritos sobre poesía, que iluminan su actitud ante ella, y una muestra de dibujos y pinturas que deben ser leídos, como quería con las viñetas de "Jacinta la pelirroja", como parte del poema, parte de esa aventura literaria que empezó en los años veinte y que nos sigue dando buenas sorpresas. La edición de *Poesías completas* de José Moreno Villa debe volverse un acontecimiento literario en este año 1999 en que se cumplen sesenta del final de la guerra civil española. ◀

La dignidad de la República

Homenaje a Ramón Xirau, en casa de Isidro Favela

Quien ha visto la Esperanza, no la olvida.
La busca bajo todos los cielos y entre todos
los hombres. Y sueña que un día va a en-
contrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso
entre los suyos.

OCTAVIO PAZ
El laberinto de la soledad

1.

En *Comentario*, un libro de ensayos publicado en 1961, decía Ramón Xirau que “en el mundo de los hechos no rige, a pesar de un largo deseo y una larga historia, el derecho de gentes”. Se trata, sin duda, de una verdad triste; o, mejor dicho, de una evidencia salvaje, irrefutable... como todas las evidencias. Y, sin embargo, que los crudos hechos sean tales sin cuidarse en nada de la libertad y la buena fe de los hombres ¿significa que debemos resignarnos a su imperio, como nos aconseja una y otra vez el realismo político? La respuesta de Xirau a esta pregunta es clara y esclarecedora: para él la historia no se reduce —como supone ese mismo realismo— al relato final de los vencedores, porque para él la historia es algo muchísimo más esencial: es el campo de prueba de los hombres y el único territorio donde de veras es posible su libertad (o, en términos católicos, su redención). Ésta es una idea que comparte con Octavio Paz: “El hombre —dice Paz en *El laberinto de la soledad*— [...] no está en la historia: es la historia.”

Una visión humanista como ésta, que es también la de Camus y la de Simone Weil, hace del hombre sujeto de la historia, y justamente por eso lo llama a responder por ella. No se desentiende de los actos humanos abandonándolos al arbitrio de una oscura fatalidad universal y, en cambio, no para de fincar responsabilidades... Los católicos siempre han visto en ello el signo del libre albedrío; los modernos ven, además, el de la crítica. Esto es importante, pues implica que la historia, siendo criticable, deja de ser un mero cúmulo de hechos triunfantes —como nos enseñan en la escuela— y aparece también como el ámbito de la fe, de los ideales, aun de los fracasos. De esta manera, por ejemplo, la salvaje victoria del franquismo sobre la República española no es más histórica, por el solo hecho de ser victoria, que la severa dignidad de sus vencidos. El *Comentario* de Xirau lo decía de este modo: “Existen en España dos tradiciones: la que va de Sepúlveda a Franco y la que va de Vives a Giner de los Ríos. La primera trata de subsumir el derecho natural bajo la más amplia categoría de la política; la segunda quiere que la política sea fiel seguidora del derecho natural...” Y aun añadía que “es probable que salga sobrando una de las tradiciones” —ya sabemos cuál.

Xirau, pues, critica la historia y, criticándola, la hace y se hace responsable de ella. Si entiendo bien, la justicia que propone se basa en un principio humanitario: antepone siempre la dignidad de los hombres a la salvajería inmoderada de la *Realpolitik*; dicho de otro modo, en fundar la legalidad sobre la base de la legitimidad y no al revés (como suelen hacer los Estados represores cuando usan las leyes para atropellar la legitimidad)... Toda una lección de moralidad, diría yo.

2.

Esa misma lección la dio muchas veces Isidro Fabela ante la Sociedad de las Naciones durante la guerra civil española —que para él, hay que decirlo, no era ni civil ni española sino una cínica guerra de intervención de las potencias fascistas europeas. La posición de México (que él representaba) fue escuchada entonces con una mezcla de respeto e incomodidad —respeto por la justicia de los principios que expresaba, incomodidad porque sus ideales ponían en crisis la política medrosa de Francia e Inglaterra frente a Italia y Alemania—, pero también, me temo, fue recibida con algún desdén. Y es que para los defensores del realismo —que es otro de los nombres del pesimismo— toda defensa de la legitimidad resulta ingenua y toda aspiración a la justicia parece destinada al fracaso. Supongo, con todo, que unos cuantos políticos franceses y algunos ingleses acabaron por desengañarse: a fin de cuentas Francia e Inglaterra debieron entrar a esa misma guerra que tanto habían pospuesto y a fin de cuentas dedicaron su victoria a los principios que antes, en boca de Isidro Fabela, habían considerado ingenuos... Otra lección de dignidad, diría yo. Pero, ¿la hemos aprendido?

3.

¿Qué diría don Isidro si pudiera ver el mundo de hoy? ¿No pensaría, por ventura o desventura, que es un cruel remedo de sí mismo? Así como en sus días la Sociedad de las Naciones constituyó un Comité de No-Intervención para España, que en realidad sólo sirvió para favorecer a los franquistas, así la ONU decreta hoy un embargo neutral en Bosnia, que en realidad sólo beneficia a uno de los bandos contendientes... ¿Se opondría hoy a ello don Isidro?, ¿Adoptaría hoy a dos niños bosnios, como adoptó a dos españoles? No lo sé, como tampoco sé si su presencia en los foros internacionales bastaría para restituirle a la voz de México algo de su antigua seguridad. Porque, al parecer, las últimas crisis lo han dejado un poco afónico. Si en los días de don Isidro Fabela el gobierno mexicano tenía autoridad moral para defender ante el mundo entero la legitimidad de un gobierno elegido democráticamente, es evidente que a lo largo de los años la ha perdido. Y aun me parece que, si quiere recobrarla, habrá de reconocer, tarde o temprano, que hoy recibe de los indios chiapanecos la misma lección de dignidad que antes daba...

Esto último no pasa de ser una esperanza, desde luego —y ya veo los afilados índices que la tildan de ingenua—, pero no puedo resistirme a ella sin traicionar la lección que tomo de los republicanos españoles, de Xirau y de Fabela. La resumiré en un verso de Hölderlin —que Paz repite en *El laberinto...*—: “Hay tanto que defender. Hay que ser fieles”... Esta fidelidad es, desde luego, lo contrario del celo posesivo y conservador que nos ata al pasado, porque no quiere poseer y conservar lo que ama: quiere serle fiel, amarlo sin ser su dueño. De otro modo, ¿cómo comprender que un amor que se cumple sea, a la vez, una esperanza? ¿Cómo explicar, por ejemplo, que los refugiados españoles hayan visto en el destierro mismo una esperanza? Decía Xirau en 1961: “El futuro dirá si el desarraigo ha sido moralmente útil. Pero el futuro lo vivirán los ya arraigados hijos de los desarraigados.”

Xirau dejaba así en manos de las generaciones futuras el juicio sobre el valor del desarraigo y el exilio. Yo pertenezco a una de esas generaciones que en el 61 eran todavía futuras, pero en realidad nada puedo decir sobre su sacrificio, sobre ese desarraigo al que Xirau parece atribuirle no sólo una dimensión moral sino también, y sobre todo, religiosa. No soy católico y estoy poco acostumbrado a pensar en el sufrimiento de los hombres en términos de “utilidad moral”. Pero esto, que revela mi desconfianza en el progreso moral de la humanidad, no me convierte en un desesperanzado. En la República española tomo yo la misma lección que antes y después de mí han recibido otros: una patria no siempre es lo mismo que un Estado y un territorio —no digamos ya un gobierno. Un versador veracruzano lo decía de este modo en tiempos de la Revolución: “Yo me llamo Arcadio Hidalgo / Soy de nación campesino / Por eso es mi verso fino / Potro sobre el que cabalga.”

Por eso creo que “los ya arraigados hijos de los desarraigados” hemos echado raíces ahí donde nuestros padres las tenían ya puestas: en el terreno común de la esperanza y la fidelidad que nos hemos dado mutuamente. Esa es, sin duda, la patria que Isidro Fabela les ofreció en México a los niños españoles. Porque no los arrancó de España para hacerlos olvidar en una nueva tierra. No: los trajo a México porque la patria verdadera de esos niños, siendo española hasta los huesos, estaba entonces en México, no en España, y porque aquí, como mexicanos, esos niños sabrían ser fieles... porque hay tanto que defender.

Muchas gracias. ☪



A mediados de este siglo historiadores franceses como Lucien Febvre y Robert Mandrou, con el propósito de entender al hombre común a través de desentrañar sus creencias, su manera de razonar acerca de la moralidad, la economía, la política, los deportes y el modo en que empleaba su tiempo libre, además de ubicar su entorno físico y social reorientaron los estudios históricos hacia una recapitulación sobre la carga cultural poseída por las generaciones pasadas. Consideraban que no era posible lograr progresos en estudios futuros si mantenían la postura tradicional impuesta por el discurso histórico de las élites compuestas por estadistas, burócratas, diplomáticos, soldados, sacerdotes y pensadores.

Para Lucien Febvre, quien desconfió de las definiciones demasiado breves, la historia fue el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otro tiempo, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades. ("Vivir la historia", *Combates por la historia*, Planeta, 1993).

Hoy se admite, dice Lawrence Stone enriqueciendo y sin proponérselo dando precisión al concepto de Febvre ("Magia, religión y razón", *El pasado y el presente*, FCE, 1981) que la vida del hombre premoderno era completamente lo opuesto de aquella vida de seguridad y de estabilidad que nos ha pintado la nostalgia romántica. Tanto los grupos como los individuos de las generaciones anteriores, se hallaban bajo constante amenaza, a merced de las vicisitudes del clima, el fuego y las enfermedades; víctimas también de las

Roberto Bravo

La historia y la vida privada

PILAR GONZALBO AIZPURU
Y CECILIA RABELL ROMERO

*Familia y vida privada
en la historia de Iberoamérica*

El Colegio de México-Centro de
Estudios Históricos / UNAM-Instituto
de Investigaciones Sociales, 1996, 550 pp.

hambrunas, las pandemias, las guerras y otras calamidades completamente impredecibles. Esta inseguridad generó un estado de angustia que rayaba en ocasiones en la histeria, lo mismo que un anhelo de consuelo y tranquilidad; por tal razón el hombre de estas generaciones trató de aliviar los síntomas de su angustia recurriendo a la magia, o depositando su confianza en la providencia de Dios tal como le había sido revelado a través de la religión, o bien tratando de ampliar el control sobre su medio ambiente por medio del ingenio científico y tecnológico; la elección de uno de estos remedios dependió más de la naturaleza de su cultura que de la claridad de su lógica o del grado en que su conducta se hallase racionalmente determinada.

Sin duda, de entre las elecciones accesibles para el hombre, éste eligió la que le ha llevado a lograr un desarrollo científico y tecnológico impresionante; sin embargo, la actitud del hombre frente a las condiciones que siguen acechando su vida, ha tenido un vaivén de lo lógico a lo irracional o viceversa, y la palabra historia se sigue usando para designar tanto aquello

sobre lo que se escribe, como el escribir mismo. A primera vista, la historia puede parecer un concepto claro y sin problema, pero, al estudiarla con mayor detenimiento, el investigador se da cuenta de cuántos problemas sin solución se esconden tras esa palabra. Ante esta cuestión aparentemente sin respuesta, los historiadores contemporáneos han buscado en la información original, han estudiado de las fuentes y en una documentación escrupulosa, para no parafrasear desde un punto de vista actual lo que historiadores de otras épocas asentaron en sus estudios.

Siguiendo el lineamiento anterior se considera que el ideal familiar, en cada circunstancia histórica, trasciende los límites de lo privado para convertirse en asunto de interés general en el que están implicadas concepciones de moralidad y de política; de esta manera Pilar Gonzalbo Aizpuru, una de las coordinadoras de *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, esclarece el propósito de este volumen y la importancia que han cobrado las actividades y creencias del hombre común para desentrañar el momento histórico de una sociedad en un periodo determinado.

Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica es un volumen colectivo, fruto de la recopilación y selección de trabajos relativos a todo el continente americano, sin limitaciones cronológicas, que tiene el objetivo de mostrar de una manera más completa y compleja el pasado formativo de la sociedad iberoamericana. Para abordar toda esta temática variada el libro fue dividido en cuatro partes:

1. "Integración y desintegración familiar", donde se abordan los tratos nupciales en México y España; el matrimonio en Brasil durante la Colonia; la vida familiar en la Oaxaca Colonial; la situación de los indigentes del

Hospicio de Pobres de la ciudad de México en 1795; la moral pública en Paraguay; y la familia, comunidad y alianzas matrimoniales en San José de Costa Rica (1827-1851). Los ensayos de esta sección coordinada por Cecilia Rabell Romero, muestran la riqueza del análisis social a través del estudio de la familia en su doble función: de ámbito de reproducción biológica y social, donde constituye un espacio privilegiado para observar la dinámica social. Los distintos enfoques evidencian la complejidad de las interacciones entre procesos demográficos, culturales y económicos y la gran variedad de regímenes matrimoniales que se desarrollaron en América Latina.

La coordinadora de esta sección, en su trabajo "Trayectoria de vida familiar, raza y género en Oaxaca Colonial" nos dice que la segregación espacial es uno de los criterios que se han usado para determinar la existencia de estamentos sociales. En el siglo XVI las ciudades estaban prácticamente reservadas a los españoles, pero esta rígida segregación fue cediendo a medida que se formaban barrios de indios en las periferias y aumentaba el mestizaje, proceso que además se daba especialmente en los espacios urbanos. El centro de la ciudad lograba mantener su carácter elitista y español, pero a mayor lejanía del centro, mayor era el deterioro y más abundaba la población pobre y no española. En la Oaxaca de 1792, aparte de algunas manzanas del centro habitadas por españoles peninsulares y comerciantes, en los barrios de la periferia urbana vivían los indios y en todos los demás vecindarios y cuadras habitaban personas de diversas calidades. De lo anterior desprende Cecilia Rabell que la sociedad oaxaqueña estaba estratificada a partir de criterios fundamentalmente raciales, aun cuando éstos no eran rígidos.

En otro de los trabajos de este apartado, Silvia M. Arrom, en "Desintegración familiar y pauperización: los indigentes del Hospicio de Pobres de la ciudad de México, 1795", menciona que el patrón eclesiástico en la capital mexicana demuestra que la desintegración familiar y el desempleo fueron factores decisivos que redujeron a una gran cantidad de sus residentes a la mendicidad, convirtiéndolos en huéspedes de la Real Casa de Hospicio de Pobres Mendigos que se fundó en 1774.

Es de notarse que la mayoría —55 por ciento— de los hospicianos mayores de 15 años (edad que separaba a los muchachos de los adultos) eran hombres. Esto quiere decir que los hombres estaban desproporcionadamente representados entre los hospicianos porque las mujeres predominaban entre los residentes de la capital, donde representaban 55 por ciento de la población. El patrón de 1795 sólo anota tres asilados con impedimentos: un hombre paralítico y dos dementes. Los indios, el grupo de menor rango en la capital, no predominaron entre los mendigos internados en el hospicio. Esta información, nos dice la autora, manifiesta la imperfecta correlación entre raza y clase social a finales de la colonia y lo peligroso que es suponer que el ser español daba protección contra la indigencia. Esto es tan cierto que 10 por ciento de los hospicianos usaba el título honorífico de *Don o Doña* por su origen español.

Diecinueve por ciento de los hospicianos eran mayores de 60 años, lo que muestra que la correlación de la pauperización con la vejez refleja la pérdida de la capacidad de ganarse la vida, sobre todo para los hombres, pero más que nada, para las mujeres españolas que raramente trabajaban, la vejez significaba la pérdida de las

redes familiares por la muerte de padres, hermanos, tíos o hijos.

II. "Estrategias familiares". En este apartado se presentan las dotes y vida familiar en la Nueva España; las estrategias matrimoniales de una familia noble; las dotes que se otorgaban en la Lima del siglo XIX y la diversidad económica en las familias mineras mexicanas. Los artículos que integran esta sección develan las formas de reproducción social de las familias durante los periodos mencionados y remarcan el papel desempeñado por las mujeres en ellos. La amplia cobertura temporal de estos textos pone de relieve las profundas transformaciones en las funciones de las mujeres que parecen emanciparse del papel pasivo que la historia tradicional se empeñaba en adjudicarles.

Christine Hunefeldt en "Las dotes en manos limeñas" analiza la evolución de las dotes de las mujeres de la capital de Perú durante el siglo XIX. Su investigación muestra que a diferencia de lo que sucedía en México por entonces, en Lima la costumbre de la dote tiende a desaparecer primero en las capas altas y luego en las medias y bajas de la sociedad. Esta forma de traspaso de bienes fue sustituida por la herencia, que trae consigo una nueva forma de relación entre padres e hijos casados en donde las decisiones de la pareja dejan de estar ya en manos de padres y parientes para convertirse en asuntos que se ventilan entre el marido y la esposa.

III. "Pasiones y conveniencias en la vida cotidiana". Esta parte es coordinada por Pilar Gonzalbo Aizpuru y nos muestra la difícil manera en que vivían las familias urbanas colombianas del siglo XVIII; la violencia que existía en la familia formal e informal mexicana durante el periodo de 1750 a 1856; el adulterio femenino en Brasil durante los siglos XVIII y XIX;

los uxoricidios en el México central en el periodo abarcado por los años que van de 1789 a 1820; la familia como unidades productivas en el México colonial y sus efectos sobre la vida privada; patronos, esclavos y sirvientes domésticos en Lima (1800-1860); todo lo concerniente a los gastos provocados por la manutención desde su nacimiento hasta su muerte de los miembros de las familias de la élite del México del siglo XVIII. En esta selección de trabajos se evidencian las dificultades de la vida familiar y cómo los problemas de un individuo se acentuaban cuando carecía de parientes, pues si fracasaba le esperaba la indigencia y el hospicio; de modo que, entre la soledad y la convivencia indeseada, se daban los más variados arreglos familiares, desde la resignación dentro de la aparente concordia hasta el triángulo consentido, el amancebamiento, la ruptura violenta, la cárcel, la huida, la bigamia o el uxoricidio.

En el ensayo de Juan Javier Pescador "Del dicho al hecho: uxoricidios en el México central, 1769-1820", el autor muestra un ejemplo de cómo se resolvía el adulterio en ese periodo:

En 1769, junto a la cruz del cementerio de Jesús Nazareno, a unas cuantas calles de la Plaza Mayor, dos hombres de la familia Zazorena, padre e hijo, emboscaron a una mujer y, sin darle tiempo de abandonar la silla de manos en que viajaba, la apuñalaron gravemente. Ella murió poco tiempo después, no sin antes identificar plenamente a sus victimarios: su esposo y su suegro. Tras el atentado, los Zazorena buscaron asilo eclesiástico y se acogieron en la iglesia de Jesús Nazareno, para después huir de la ciudad. Este uxoricidio dio bastante que hablar en la ciudad y las autoridades finalmente atraparon a los fugitivos quienes fueron ejecutados públicamente en un

tablado negro, aunque lo normal en estos casos era que la justicia fuera clemente con los homicidas.

IV. "Entre lo imaginario y la imagen. Las creencias, los prejuicios y su expresión" contiene textos que nos hablan sobre el código de conducta entre los antiguos nahuas; los milagros y el exvoto en el occidente de México; la familia como tropo de la oración cívica mexicana en la Puebla de los años 1828-1853 y la retórica del amor romántico a finales del siglo pasado en León, Guanajuato. En este apartado observamos cómo la familia da lugar a manifestaciones originales y hasta cierto punto independientes del discurso oficial y se convierte en transmisora de valores y prejuicios, educadora y socializadora, ejerciendo una función decisiva en la perpetuación de las tradiciones tanto como en los periodos de adaptación a los cambios ocurridos en México. Los retablos votivos del Santuario de San Juan de los Lagos son un ejemplo de la relación privilegiada entre el fiel y la divinidad, que adquiere una dimensión especial cuando queda plasmada en una escena que reproduce la vida cotidiana en el doble plano de lo ordinario y lo extraordinario. Anécdotas y símbolos reproducen estereotipos de masculinidad y feminidad, devoción, arrepentimiento, solidaridad, humildad, gratitud y, en casi todos los casos, una gran familiaridad con lo sagrado.

En "Sentarse, guardar la compostura y llorar entre los antiguos nahuas (el cuerpo y el proceso de civilización)" Pablo Escalante, además de señalar cómo los nahuas mostraban su pesar, nos dice que en sus anécdotas sobre extranjeros, los antiguos pobladores del valle de México, para burlarse de ellos, centraban su atención sobre el cuerpo y en particular sobre el sexo; a los huastecos, por ejemplo, los defi-

nían y rechazaban como impúdicos, insistían en que no se cubrían el cuerpo debidamente y que eran lujuriosos; peyorativamente decían que la gente del golfo se teñía el pelo de colores y se limaba los dientes. El principal defecto que los nahuas veían en los tarascos era que los hombres no usaban braguero, de manera que sus genitales quedaban libres. Y en lo que se refiere a la manera de comer, ni aquéllos ni éstos eran cuidadosos ni limpios.

La torpeza atribuida a los extranjeros también era motivo de bromas. Si un nahua consideraba que otro nahua era torpe o inhábil, lo llamaba "flahuica", "totonaco" o "huasteco"; pero era más frecuente que para insultar a otro se le llamara "otomí". Solía decirse: "¡Ah, qué inhábil eres!, eres como un otomite, que no se te alcanza lo que te dicen, ¿por ventura eres uno de los otomites? cierto, no lo eres semejante, sino que lo eres del todo, puro otomite." Esta conducta puede tener su origen en que los huastecos, los totonacos, los tarascos y todos los demás pueblos de Mesoamérica eran rivales de los nahuas, los nahuas peleaban contra ellos, los espiaban, a veces los derrotaban, en ocasiones no podían vencerlos, envidiaban sus riquezas, los temían, etcétera.

El bien logrado propósito conseguido en *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, permite hacer perceptibles los cambios que con el tiempo han afectado al concepto y las facetas de la vida privada. Los aspectos de ésta cambian sin cesar, persisten algunos, otros siguen evolucionando o desarrollándose hasta volverse irreconocibles.

Advertido de lo anterior el afortunado lector que tropiece con este volumen quedará admirado ante la cantidad de información que encontrará en él. ◀



L evemente, casi en silencio, ha aparecido una obra del historiador Javier Garciadiego, profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Dotado de las cualidades intensas de un hombre público, optó por sumergirse en los claustros de la investigación y entregar frutos originados en una formidable dedicación que compite con su singular talento, al igual que con el testimonio de fidelidad a varios de sus maestros, quienes le ofrecieron maneras perdurables de entender la ciencia y el arte de la historia.

Coeditado por la institución en la que se desempeña profesionalmente y por la Universidad Nacional Autónoma de México, el libro se intitula *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. Se trata de una obra enriquecedora. La historiografía del vuelco social al que damos fecha de nacimiento en 1910 carece, a pesar del lugar común contradictorio, de muchas áreas y parcelas. Además, como ocurre al conocimiento historiográfico, el presente orienta, guía nuevos miradores conforme se modifican intereses y conductas.

Así ha sucedido con la investigación de Garciadiego. Entrega respuestas a la cuestión sólo expresada del comportamiento de la comunidad universitaria, es decir, sobre todo de actitudes y acciones de los estudiantes que se formaban en la última gran institución que ideó y fundó Justo Sierra y quienes debieron resistir, aceptar o combatir la realidad trastocada por la conclusión irremediable del mandato del presidente Díaz, ocho meses después de la inauguración de la universidad, y el embate justiciero de la rebelión.

El tramo de 1910-1920, la plenitud de la lucha armada revolucionaria, la inicial etapa de aplicación de nacientes

Fernando Zertuche Muñoz

Rudeza necesaria

JAVIER GARCADIIEGO DANTAN

*Rudos contra científicos.
La Universidad Nacional durante
la Revolución mexicana*

El Colegio de México, Universidad
Nacional Autónoma de México,
1996, 455 pp.

y renovadas instituciones constitucionales, al igual que la rectoría luminosa de José Vasconcelos cuando ganan el poder los sonorenses, constituyen el periodo estudiado por Javier Garciadiego. Sin incluirse en la descripción generacional que estableció el maestro Luis González, *Rudos contra científicos* conserva parentescos, ya que contiene la historia política del estudiantado del gran centro de estudios, en verdad nacional, cuyas brújulas no mantuvieron el norte, la guía revolucionaria, pues urbanos, clasemedieros y generalmente capitalinos sus miembros no ansiaron o asumieron la importancia del cambio encarnado por *ciudadanos en armas*, ni se agregaron a él, sino cuando el transcurso de los años y su madurez les permitieron ser partícipes de las nuevas horas.

En las aulas se mostraron antimaderistas, fundaron una escuela de Derecho —en protesta ante el nuevo régimen y sus representantes—, con maestros porfiristas, aunque algunos de ellos juristas ilustres; aceptaron el régimen de Victoriano Huerta y a sus funcionarios; desdeñaron a Venustiano Carranza, quien quebrantó la institu-

ción, convirtió a la legendaria Preparatoria Nacional en establecimiento municipal y escindió a las escuelas profesionales, aunque la autonomía universitaria y su unidad fueran temas recurrentes y de preferida presencia.

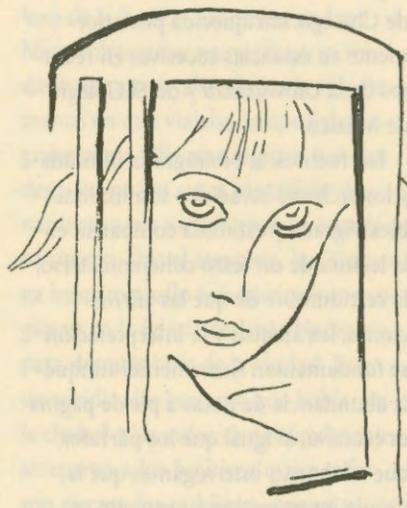
Las anteriores afirmaciones establecen, como puede advertirse, sólo el germen de la obra de Garciadiego. En el mejor de los sentidos es ejemplar la investigación, y sus páginas nos llevan, una tras otra, a la comprensión de los alejamientos aparentes de jóvenes integrantes de un grupo especial, nacido en la última década del siglo anterior o en la primera de nuestra centuria, que pretendían —ni más ni menos— recibir una educación superior, antes de incluirse en el abrupto campo de las rebeldías, de la rudeza necesaria.

El libro de Javier Garciadiego cierra una oquedad en el conocimiento de un grupo, de actitudes peculiares, y de una institución que nació entre las galas de un régimen pretencioso y agónico y que supo transformarse, caminar, batallar parejamente en la búsqueda de las mejores maneras para construir al hombre nuevo. El autor entrega una obra conforme las severas normas de la academia. Se trata de una investigación que presentó para obtener el grado de doctor en la Universidad de Chicago, enriquecida posteriormente en estancias sucesivas en recintos de la Universidad y de El Colegio de México.

Las fuentes, la bibliografía utilizada y los archivos invadidos son impecables. Agrada y estimula compartir, en la lectura de un texto coherente, terso, la certidumbre de que las afirmaciones, los análisis y la interpretación se fundamentan firmemente, aunque la abundancia de notas a pie de página es excesiva, al igual que los párrafos que eslabonan interrogantes que la propia investigación ha resuelto ya.

Lamentablemente la edición es de mil ejemplares. Cuando afirmo lo anterior, asumo una actitud obvia, pero debo hacer hincapié en la realidad que nos destina a permanecer como una sociedad de iletrados. Ni la especialización, ni el desinterés que acumule ahora la Revolución mexicana, y menos las comunidades universitarias, al igual que los historiadores en activo y el sistema nacional de bibliotecas, pueden permitir la desoladora certidumbre de que la palabra escrita de un profesional se limite a la pequeñez de sólo mil posibles lectores de una hazaña, de un trabajo de investigación ardua, de conocimientos inéditos, de travesías incesantes para describir, comprender y explicar el pasado humano.

Nuestros valores y conductas aparentemente se vencen ante temibles seducciones audiovisuales y avizoramos un futuro fértil originado en las cuevas de solitarios internautas, cuando deberíamos alarmarnos ante la previsible destrucción de comunidades solidarias, cercanas a la unión, cómplices en conocimientos compartidos y en felicidades semejantes. Por lo menos, en desdichas igualitarias. ☪



PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Es una revista académica interdisciplinaria; se publica en El Colegio de México ininterrumpidamente desde 1966, en la actualidad en tres ediciones al año. La mayoría de los artículos son producto de las investigaciones de los profesores del Centro de Estudios de Asia y África y de otros estudiosos radicados en Latinoamérica, pero no excluye artículos originales escritos por investigadores radicados en otras áreas. Además de los artículos de fondo, cuenta con traducciones de obras literarias y documentos históricos, artículos informativos sobre temas de actualidad, debates críticos, reseñas de libros y *abstracts* en inglés.

ESTUDIOS ECONÓMICOS

Esta revista pretende constituirse como un foro abierto a la comunidad internacional para la difusión de artículos que contribuyan significativamente al discurso teórico del tema, o bien que analicen de manera rigurosa problemas empíricos de relevancia. Asimismo, busca enfatizar los aspectos formales y cuantitativos de la investigación económica.

ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y URBANOS

Es una revista especializada en el análisis y reflexión sobre temas poblacionales, urbanos y ambientales desde la perspectiva de las ciencias sociales. Ha sido desde su creación uno de los principales foros de discusión en América Latina de los hallazgos más importantes en sus áreas de especialidad.

ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

Pretende ser un lugar de encuentro de los esfuerzos que se realizan en México y América Latina por crear una sociología específicamente dedicada al análisis de los problemas de estas regiones del mundo. La problemática de migración, los movimientos de población, la cuestión del Estado, el papel del sindicalismo y la evolución de los estudios sociales, en general, son algunos de los temas que aquí se tratan.

FORO INTERNACIONAL

Es una publicación que ofrece artículos analíticos y ensayos académicos de especialistas nacionales y extranjeros, sobre temas referidos a política interna de México y otros países, relaciones internacionales, administración y políticas públicas. Es una revista que a lo largo de casi cuatro decenios ha obtenido reconocimiento de los públicos que se interesan por las materias tratadas.

HISTORIA MEXICANA

Es una revista de prestigio internacional. A lo largo de más de cuatro décadas ha publicado textos fundamentales para investigadores y estudiosos de la historia de México.

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

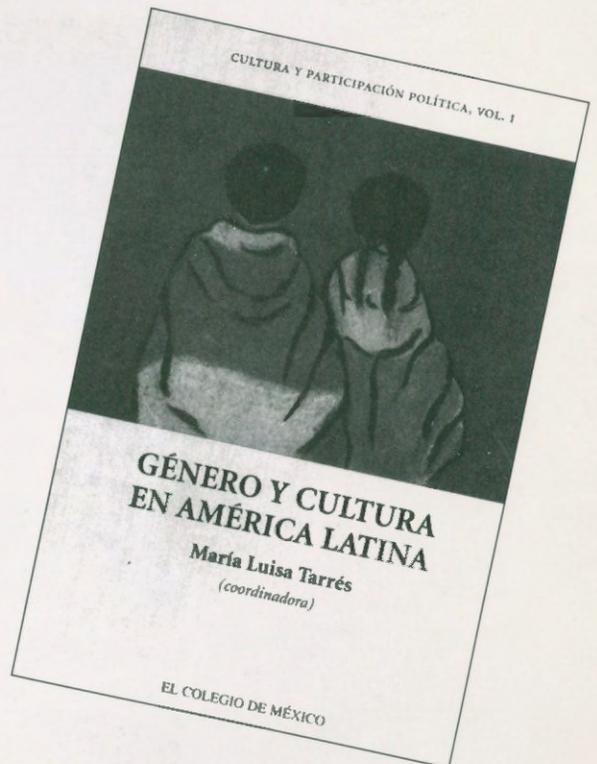
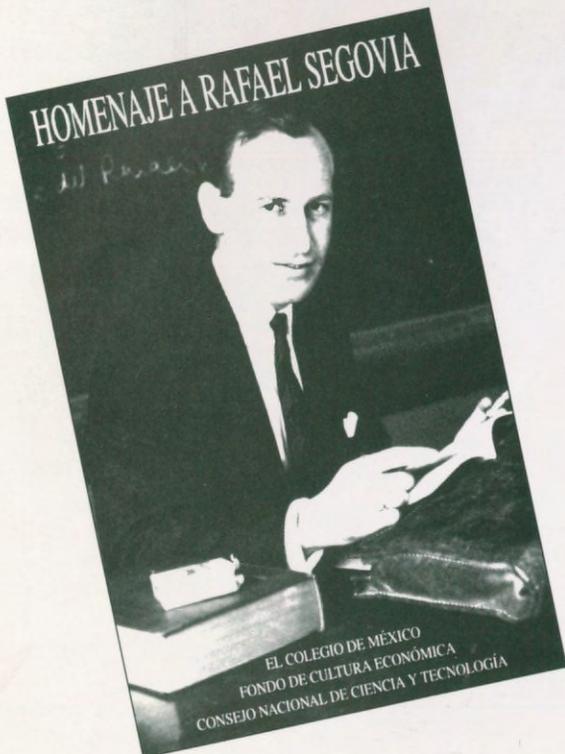
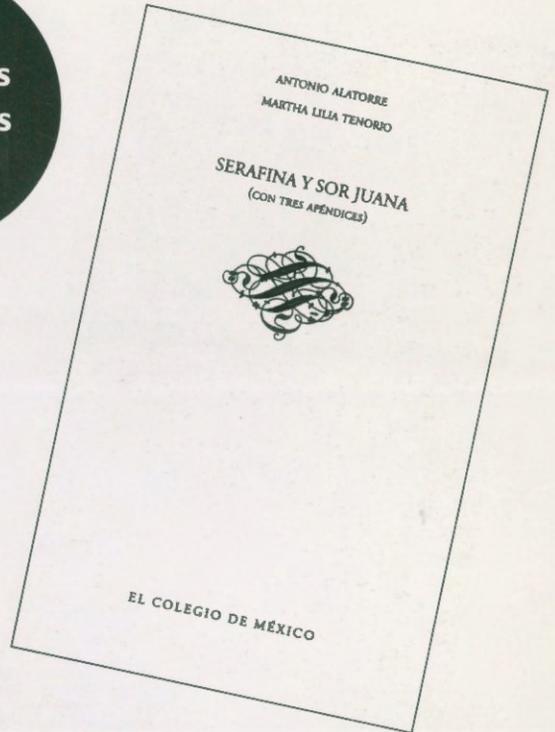
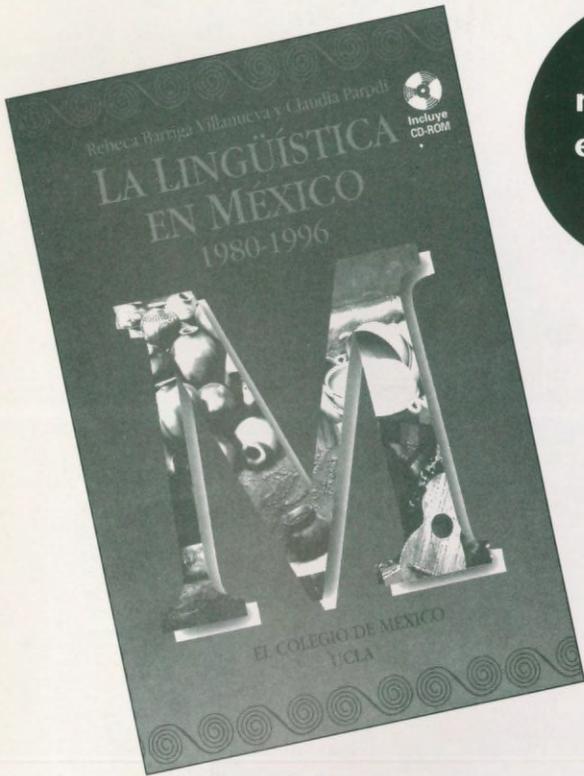
Esta revista cuenta entre sus fundadores a tres destacadísimas figuras de las letras hispánicas. Su contenido incluye artículos y notas sobre literatura española e hispanoamericana, y sobre las lenguas romances en América y España, estudios de teoría y metodología filológica, reseñas, críticas de libros, análisis de revistas, así como una bibliografía clasificada.

Para informes y suscripciones, favor de dirigirse a
El Colegio de México, A.C. Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Col. Pedregal de Santa Teresa, C.P. 10740, México, D.F. Tel.: 5449 3000
exts. 3090, 3138, 3278 y 3295, Fax: 645 0464 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



EL COLEGIO DE MÉXICO

novedades editoriales





EL COLEGIO DE MÉXICO

